

DINO BUZZATI

# *Relatos*

Traducción Javier Setó

©1996 Alianza Editorial S.A., Madrid, España



MIEDO EN LA SCALA.....	3
LOS SIETE MENSAJEROS .....	26
LA CAPA.....	29
EL HUNDIMIENTO DE LA BALIVERNA .....	32
¿Y SI? .....	37
EXTRAÑOS NUEVOS AMIGOS .....	40
ALGO HABÍA SUCEDIDO.....	44
LA NIÑA OLVIDADA.....	47
EL ASALTO AL GRAN CONVOY .....	49
EL COLOMBRE.....	58

## *Miedo en la Scala*

Para la primera representación de *La matanza de los inocentes*, de Pierre Grossgemüth (novedad absoluta en Italia), el viejo maestro Claudio Cottes no dudó en ponerse el frac. Ciertamente, el mes de mayo estaba ya avanzado, época en que, a juicio de los más intransigentes, la temporada de la Scala comienza a decaer y es buena norma ofrecer al público, compuesto en gran parte por turistas, espectáculos de éxito garantizado, no excesivamente ambiciosos, seleccionados del repertorio tradicional menos conflictivo; y no importa que los directores no sean primeras figuras, que los cantantes, en su mayoría elementos de vieja *routine* escalígera, no despierten curiosidad. En esta época los exquisitos se permiten confianzas formales que escandalizarían en los meses más sagrados de la Scala: parece casi de buen gusto en las señoras no insistir en las *toilettes* de noche y vestir sencillos trajes de tarde y en los hombres ir vestidos de azul o gris oscuro con corbata estampada, como si se tratase de una visita a una familia amiga. Y hay abonado que, por esnobismo, llega hasta el punto de no dejarse caer siquiera por allí, sin por ello ceder a otros el palco o la butaca, que permanecen, por tanto, vacíos (y tanto mejor si los conocidos quieren darse cuenta de ello).

Sin embargo, aquella noche había espectáculo de gala. En primer lugar, *La matanza de los inocentes* constituía un acontecimiento de suyo, a causa de las controversias que la obra había suscitado cinco meses antes en media Europa cuando se había escenificado en París. Se decía que en esta ópera (a decir verdad se trataba, según la definición de su autor, de un «Oratorio popular, para coro y solistas, en doce cuadros») el músico alsaciano, uno de los principales maestros de la época moderna, había emprendido —bien es verdad que a una edad tardía— un nuevo camino (después de haber probado tantos), adoptando formas todavía más desconcertantes y audaces que las precedentes, con la intención declarada, no obstante, de «rescatar por fin al melodrama del gélido exilio en que los alquimistas intentan mantenerlo vivo con potentes drogas, hada las olvidadas regiones de la verdad»; es decir, según sus admiradores, había roto los puentes con el pasado reciente, volviendo (aunque hacía falta saber cómo) a la gloriosa tradición del diecinueve: había incluso quien le había encontrado vínculos con las tragedias griegas.

Comoquiera que fuese, el interés mayor nacía de las repercusiones de género político. Nacido en una familia evidentemente originaria de Alemania, de aspecto casi prusiano, si bien ennoblecido ya su rostro por la edad y la actividad artística, Pierre Grossgemüth, establecido en Grenoble hacía ya muchos años, había observado en los tiempos de la ocupación una conducta ambigua. Una vez que los alemanes lo habían invitado a dirigir un concierto con fines benéficos, no había sabido negarse, pero por otra parte, se contaba, había ayudado con generosidad a los *maquis* de la región. Había hecho, por tanto, todo lo posible para no tener que tomar una actitud declarada permaneciendo enclaustrado en su rica villa, de donde, en los meses más críticos antes de la liberación, ni siquiera salía ya la acostumbrada e inquietante voz del piano. Pero Grossgemüth era un gran artista y aquellos días difíciles no se habrían desenterrado si no hubiese escrito y dado a la escena *La matanza de los inocentes*. La interpretación más obvia de este oratorio —con libreto de un jovencísimo poeta francés, Philippe Lasalle, inspirado en el episodio bíblico— la calificaba como una alegoría de las matanzas llevadas a efecto por los nazis, identificando a Hitler con el torvo personaje de Herodes. Sin embargo, críticos de extrema izquierda habían atacado a Grossgemüth acusándole de ocultar bajo la superficial e ilusoria analogía antihitleriana las eliminaciones perpetradas por los vencedores, desde las venganzas menudas acaecidas en todos los pueblos hasta las horcas de Nuremberg. Pero había quien iba más allá:

según éstos, *La matanza de los inocentes* pretendía ser una especie de profecía y aludir a una futura revolución y a las matanzas con ella relacionadas; una condena anticipada, pues, de tal revuelta y una advertencia a cuantos tuvieran la potestad de sofocarla a tiempo: en resumen, un libelo de espíritu absolutamente medieval.

Como era previsible, Grossgemüth había desmentido las insinuaciones con pocas pero tajantes palabras: si acaso, *La matanza de los inocentes* debía considerarse un testimonio de fe cristiana y nada más. Pero en la *première* de París había habido incidentes y durante mucho tiempo los periódicos habían polemizado a sangre y fuego.

Añádase a esto la curiosidad por la difícil ejecución musical, la expectación por los decorados —que se anunciaban demenciales— y por la coreografía ideada por el famoso Johan Monclar, al que se había hecho venir expresamente de Bruselas. Grossgemüth hacía una semana que estaba en Milán con su mujer y su secretaria para seguir los ensayos; y naturalmente iba a asistir a la representación. Todo esto, en suma, daba al espectáculo un sabor de excepción. No había habido en toda la temporada una *soirée* tan importante. Los principales críticos y músicos de Italia se habían trasladado a Milán para la ocasión, y de París había llegado un pequeño grupo de fanáticos de Grossgemüth. El cuestor, por su parte, había organizado un extraordinario dispositivo de orden para la eventualidad de que se desencadenase la borrasca.

Con todo, varios funcionarios y muchos agentes de policía destinados en un primer momento a la Scala se vieron trasladados a otros lugares. A última hora de la tarde se había perfilado de improviso una amenaza diferente y mucho más preocupante. Varios indicios apuntaban a una inminente acción de fuerza, quizá para esa misma noche, por parte de la agrupación de los Morzi. Los jefes de este movimiento nunca habían ocultado que su último objetivo era subvertir el orden constituido e instaurar la "nueva justicia". Los últimos meses había habido síntomas de agitación. Actualmente estaba en marcha una ofensiva de los Morzi contra la ley relativa a la migración interna, pendiente de ser aprobada en el Parlamento. Podía ser un buen pretexto para una intentona seria.

Durante todo el día se habían visto en las plazas y calles del centro pequeños grupos de aspecto decidido, diríase provocador. No llevaban ni distintivos ni banderas ni pancartas, no estaban encuadrados, no intentaban formar grupos. Pero no era difícil en absoluto adivinar su ralea. Nada raro, a decir verdad, porque manifestaciones como ésta, inocuas y en sordina, hacía años que se repetían con frecuencia. Y también esta vez la fuerza pública había dejado hacer. No obstante, las informaciones secretas de la Prefectura hacían temer en un plazo de pocas horas una maniobra de gran envergadura para conquistar el poder. Se había avisado inmediatamente a Roma, se había puesto a policía y carabinieri en estado de alerta y acuartelado, asimismo, a las unidades del ejército. Tampoco se podía excluir, sin embargo, que fuese una falsa alarma. Ya había ocurrido otras veces. Los propios Morzi difundían rumores de este tipo, siendo éste uno de sus juegos favoritos.

Sin embargo, como suele suceder, una vaga y sorda sensación de peligro se había extendido por la ciudad. No había ocurrido nada concreto que la justificara, no había siquiera rumores que hicieran referencia a nada preciso, nadie sabía nada, y sin embargo reinaba en el ambiente una tensión palpable. Aquella noche, después de salir de las oficinas, muchos ciudadanos apretaban el paso en dirección a su casa, escrutando con aprensión el camino, temerosos de ver avanzar desde el fondo una masa oscura que bloqueara la calle. No era la primera vez que la tranquilidad de los ciudadanos se veía amenazada; muchos comenzaban a estar acostumbrados. Por esta razón, la mayoría continuó dedicándose a sus ocupaciones como si fuera una noche como otra cualquiera. Con todo, resultaba singular una circunstancia que muchos advirtieron: si bien, filtrado a través de quién sabe qué indiscreciones, un presentimiento de cosas grandes había

empezado a serpentear por aquí y por allá, nadie hablaba de ello. En un tono acaso diferente del habitual, con sobreentendidos herméticos, se desarrollaban las conversaciones nocturnas de costumbre, se decía hola y adiós sin apostillas, se quedaba para el día siguiente, se prefería, en definitiva, no aludir de forma abierta a aquello que de un modo u otro reinaba en todos los ánimos, como si hablar de ello pudiera romper el encanto, traer mala suerte, provocar la desgracia; del mismo modo que en los buques de guerra es ley no formular a bordo ni siquiera en son de broma hipótesis de torpedeos o cañonazos.

Entre aquellos que pasaban por alto tales preocupaciones más que los demás se hallaba sin lugar a dudas el maestro Claudio Cottes, hombre cándido, en determinados aspectos incluso obtuso, para el cual nada existía en el mundo fuera de la música. Rumano de nacimiento (si bien pocos lo sabían), se había establecido en Italia siendo muy joven, en los años dorados, a principios de siglo, cuando su prodigiosa precocidad como virtuoso le había procurado la celebridad en poco tiempo, Extinguidos luego en el público los primeros fanatismos, había seguido siendo un magnífico pianista, quizá más delicado que potente, que recorría periódicamente las principales ciudades europeas para ciclos de conciertos, invitado por las más renombradas instituciones filarmónicas; esto aproximadamente hasta el año 40. Lo que más le agradaba recordar eran los éxitos que más de una vez había alcanzado en las temporadas sinfónicas de la Scala. Obtenida la ciudadanía italiana, se había casado con una milanese y ocupado con suma probidad la cátedra de piano del curso superior en el Conservatorio. Ahora se consideraba milanés y menester es admitir que, en su ambiente, pocos había que supieran hablar el dialecto mejor que él.

Si bien estaba jubilado —no conservaba más que el cargo honorario de miembro del tribunal en algunas sesiones de exámenes en el Conservatorio—, Cottes seguía viviendo sólo para la música, no frecuentaba más que a músicos y melómanos, no se perdía un concierto y seguía con una especie de azorada timidez los éxitos de su hijo Arduino, compositor de veintidós años de prometedor talento. Decimos timidez porque Arduino era un joven muy reservado, extremadamente parco en confianzas y expansiones, de una sensibilidad incluso exagerada. Desde que se había quedado viudo, el viejo Cottes se hallaba, por decirlo así, inerme y cohibido frente a él. No le entendía. No sabía qué vida llevaba. No dejaba de darse cuenta de que sus consejos, también en materia musical, caían en el vacío.

Cottes nunca había sido un hombre guapo. Ahora, a los sesenta y siete años, sí era un viejo guapo, de aquellos que se acostumbra llamar aparentes. Con los años se le había acentuado un vago parecido a Beethoven; él, quizá sin saberlo, se complacía en tratar con cariño esos cabellos blancos, largos y vaporosos que daban a su cabeza un halo muy "artístico". Un Beethoven no trágico, más bien bondadoso, de sonrisa fácil, sociable, dispuesto a ver lo bueno en casi todos sitios; "casi", porque en materia de pianistas lo raro era que no torciera el gesto. Era su único punto débil y se le perdonaba con facilidad. «¿Qué, maestro?», le preguntaban sus amigos durante los descansos. «Por mí bien. Pero si hubiera sido Beethoven...», respondía en dialecto; o bien: «¿Que por qué? ¿Lo habrá oído alguna vez? Pero si se ha dormido ... », o parecidas gracias fáciles de viejo cuño, ya tocara Backhaus, Cortot o Giesecking.

Esta natural sencillez —de hecho, tampoco se había amargado al verse excluido, por causa de la edad, de la activa vida artística—, hacía que resultara simpático a todo el mundo y le garantizaba un tratamiento preferente por parte de la dirección de la Scala. En la temporada lírica lo de menos son los pianistas y, en las veladas algo difíciles, la presencia en la platea del bueno de Cottes constituía un pequeño núcleo de optimismo garantizado. Cuando menos, se podía contar con sus personalísimos aplausos como

norma; y era probable que el ejemplo de un concertista antaño famoso indujese a muchos discrepantes a moderarse, a los indecisos a aprobar, y a los tibios a un respaldo más manifiesto. Eso sin contar con su aspecto sumamente escalígero y sus pasados méritos como pianista. Su nombre, por tanto, figuraba en la secreta y parca lista de los «abonados perpetuos exentos de pago». La mañana de cada día de *première* aparecía sin falta en su buzón de la portería de la via della Passione 7 una entrada con una butaca. Sólo para los estrenos que se auguraban de escasa recaudación las butacas eran dos, una para él y otra para su hijo. Esto, por lo demás, a Arduino le traía sin cuidado; prefería apañárselas solo, con sus amigos, y asistir a los ensayos generales, en que no hay obligación de ir bien vestido.

Precisamente, Cottes hijo había escuchado el día anterior el último ensayo de *La matanza de los inocentes*. Había hablado incluso de ello con su padre durante el almuerzo, en términos muy nebulosos, tal como acostumbraba. Había hecho alusión a ciertas «interesantes resoluciones tímbricas», a una «polifonía muy elaborada», a las «vocalizaciones más deductivas que inductivas» (palabras, éstas, pronunciadas con una mueca de desdén) y demás. Su ingenuo padre no había conseguido saber si la obra era buena o no, ni siquiera si había gustado o no a su hijo. Tampoco se empeñó en lograrlo. Los jóvenes le habían acostumbrado a su jerga misteriosa, a cuyas puertas, intimidado, se quedó también esa vez.

Ahora estaba solo en casa. La sirvienta, que iba por horas, se había marchado. Arduino comía fuera y el piano, gracias al Cielo, estaba mudo. Él "gracias al Cielo" se hallaba sin duda en el ánimo del viejo concertista; con todo, nunca habría tenido valor para confesarlo. Cuando su hijo componía, Claudio Cottes entraba en un estado de extrema agitación interna. De aquellos acordes aparentemente inexplicables aguardaba a cada momento, con una esperanza casi visceral, que saliese finalmente cualquier cosa parecida a música. Comprendía que era una debilidad de músico caduco, que no se podían recorrer de nuevo los antiguos caminos. Se repetía que lo agradable debía evitarse como señal de impotencia, de decrepitud, de marchita nostalgia. Sabía que el nuevo arte debía ante todo hacer sufrir a los oyentes, y que ésa era la señal, decían, de su vitalidad. Pero era superior a él. A veces, mientras escuchaba en el cuarto de al lado, entrelazaba los dedos de las manos con tanta fuerza que los hacía crujir, como si con ese esfuerzo fuera a ayudar a su hijo a "liberarse". Sin embargo, su hijo no se liberaba; fatigosamente, las notas se enredaban cada vez más, los acordes adoptaban sonidos aún más hostiles, todo quedaba allí suspendido o caía a plomo abruptamente en nuevas fricciones obstinadas. Que Dios lo bendijera. Burladas, las manos del padre se separaban y, temblando un poco, se apresuraban a encender un cigarrillo.

Cottes estaba solo, se sentía a gusto, un aire tibio entraba por las ventanas abiertas. Eran las ocho y media, pero el sol todavía brillaba. Se estaba vistiendo, cuando sonó el teléfono. «¿Está el maestro Cottes?», dijo una voz desconocida. «Sí, soy yo», respondió. «¿El maestro Arduino Cottes?» «No, yo soy Claudio, el padre.» La comunicación se cortó. Volvió al dormitorio y el teléfono sonó de nuevo. «Pero Arduino ¿está o no?», preguntó la misma voz de antes con un tono de voz casi grosero. «No, no está», respondió el padre intentando devolver la brusquedad. «¡Pues peor para él!», dijo el otro, e interrumpió la comunicación. Qué modales, pensó Cottes, ¿y quién podía ser? ¿Qué clase de amigos frecuentaba ahora Arduino? ¿Y qué podía significar aquel «peor para él»? La llamada le dejó un poco fastidiado. Afortunadamente, le duró poco.

Ahora, el viejo artista contemplaba en el espejo del armario su frac a la antigua, largo, con una caída perfecta, apropiado a su edad y al mismo tiempo muy *bohémien*. Inspirándose, al parecer, en el ejemplo del legendario Joachim, Cottes, para distinguirse del chato conformismo, tenía la vanidad de ponerse el chaleco negro. Como los

camareros, exacto, pero ¿quién en el mundo, aunque fuera ciego, habría podido confundirle a él, Claudio Cottes, con un camarero? Aunque tenía calor, se puso un abrigo ligero para evitar la curiosidad indiscreta de los transeúntes y, después de coger unos pequeños binoculares, salió de casa sintiéndose casi feliz.

Era una noche deliciosa de principios de verano, de esas en que incluso Milán consigue representar el papel de ciudad romántica, con las calles tranquilas y semidesiertas, el perfume de los tilos que salía de los jardines y la luna como la hoja de una hoz en medio del cielo. Saboreando por anticipado la brillante velada, el encuentro con tantos amigos, las conversaciones, la contemplación de mujeres hermosas, el vino espumoso que habría seguramente en la recepción anunciada para después del espectáculo en el salón de descanso del teatro, Cottes tomó por la vía Conservatorio; el camino era así un poco más largo, pero le permitía ahorrarse la visión, para él sumamente desagradable, de los Navigli cubiertos.

Allí el maestro se topó con un espectáculo extraño. Un joven de largos cabellos rizados cantaba en la acera una romanza napolitana sosteniendo un micrófono a pocos centímetros de su boca. Del micrófono salía un cable que iba a una caja con un acumulador, una instalación de amplificación y altavoz de la cual la voz salía con tanta insolencia que resonaba entre los edificios. Había en aquel canto una especie de desahogo salvaje, cólera, y aunque las conocidas palabras fueran de amor, habríase dicho que el joven profería una amenaza. Alrededor, siete u ocho muchachitos de aspecto pasmado y punto. A un lado y otro de la calle, las ventanas estaban cerradas y echadas las persianas, como si se negaran a escuchar. ¿Estaban vacías todas aquellas viviendas? ¿O acaso los inquilinos se habían encerrado, simulando estar ausentes, por temor a alguna cosa? Cuando Claudio Cottes pasó, el cantante, sin moverse, aumentó tanto la intensidad de las emisiones que el altavoz comenzó a vibrar: era una perentoria invitación a poner dinero en el platillo colocado encima de la caja. Pero el maestro, perturbado en su ánimo, ni siquiera sabía él cómo, pasó de largo apretando el paso. Y durante muchos metros sintió en sus hombros el peso de un par de ojos vengativos.

«¡Además de bellaco, malo!», imprecó en su interior el maestro al pedigüeño. La desvergüenza de la exhibición le había estropeado, vaya a saber por qué, el buen humor. Pero todavía le fastidió más un breve encuentro con Bombassei, un joven formidable que había sido alumno suyo en el Conservatorio y ahora trabajaba de periodista. «¿A la Scala, maestro?», le preguntó al ver por el escote del abrigo la corbata blanca.

—¿Acaso pretendes insinuar, insolente muchacho, que a mi edad ya sería hora...? —dijo él solicitando, ingenuo, un cumplido.

—Bien sabe usted —dijo el otro— que la Scala no sería la Scala sin el maestro Cottes. Pero ¿y Arduino? ¿Cómo es que no va?

—Arduino vio ya el ensayo general. Esta noche tenía que hacer.

—Ah, ya entiendo —dijo Bombassei con una sonrisa de astuto entendimiento— Esta noche... habrá preferido quedarse en casa...

—¿Y por qué tendría que hacerlo? —preguntó Cottes advirtiendo la segunda intención.

—Esta noche hay demasiados amigos de paseo... —y el joven hizo un gesto con la cabeza señalando a la gente que pasaba—. Por otra parte, en su lugar, yo haría lo mismo... Pero perdone, maestro, viene mi tranvía... ¡Que lo pase bien!

El viejo se quedó allí suspenso, inquieto, sin comprender. Miró a la gente y no consiguió advertir nada raro, salvo que quizá había menos que de costumbre, y la poca que había tenía un aspecto descuidado y en cierto modo sumamente ansioso. Las palabras de Bombassei seguían siendo un enigma, pero a su mente afloraban recuerdos fragmentarios y confusos, medias palabras pronunciadas por su hijo, nuevos

compañeros salidos de no se sabía dónde en los últimos tiempos, ocupaciones nocturnas que Arduino nunca había explicado, soslayando sus preguntas con vagas excusas. ¿Se había metido su hijo en algún lío? ¿Pero qué tenía de extraordinario aquella noche? ¿Y quiénes eran esos «demasiados amigos de paseo»?

Dándole vueltas a estos problemas llegó a la plaza de la Scala. Allí, los pensamientos desagradables se esfumaron inmediatamente ante la visión consoladora del bullicio a la puerta del teatro, de las señoras que se desplazaban con un presuroso ondear de colas y de velos, de la multitud que curioseaba, de los formidables automóviles detenidos en una larga hilera y a través de cuyos cristales se entreveían joyas, escotes blancos, hombros desnudos. Cuando estaba a punto de comenzar una noche amenazadora, quizá incluso trágica, la Scala, imperturbable, mostraba el esplendor de los viejos tiempos. Nunca en las últimas temporadas se había visto un concierto tan opulento y dichoso de hombres, espíritus y cosas. La propia inquietud que había empezado a extenderse por la ciudad acrecentaba probablemente la animación. Quien supiera podía pensar que todo un mundo dorado y exclusivo se refugiaba en su amada ciudadela, como los nibelungos en su palacio a la llegada de Atila, para una última noche loca de gloria. Pero en realidad pocos sabían. La mayoría más bien tenía la impresión —tal era la suavidad de la noche— de que con los últimos vestigios del invierno había acabado un período turbulento y de que se anunciaba un verano largo y sereno.

Arrastrado por el torbellino de la multitud, muy pronto, sin apenas darse cuenta, Claudio Cottes se halló en la platea, en medio del resplandor de las luces. Eran las nueve menos diez y el teatro estaba ya atestado. Cottes miró a su alrededor, extasiado como un muchachito. Los años habían pasado, pero su primera sensación al entrar en aquella sala seguía siendo pura y vívida, como la que se experimenta delante de los grandes espectáculos de la naturaleza. Muchos otros con quienes cambiaba ahora fugaces gestos de saludo experimentaban lo mismo, lo sabía. De allí nacía una peculiar fraternidad, una especie de inocua masonería que a los extraños, a aquellos que no formaban parte de ella, quizá les pareciera un poco ridícula.

¿Quién faltaba? Los expertos ojos de Cottes inspeccionaron sector por sector el abundante público, hallando a todo el mundo en su lugar. A su lado se sentaba el famoso pediatra Ferro, que habría dejado morir de difteria a miles de sus pequeños clientes antes de perderse un estreno (el pensamiento sugirió incluso a Cottes un gracioso retruécano en relación con Herodes y los niños de Galilea que se prometió utilizar más tarde). A su derecha, la pareja que alguna vez había definido como los «parientes pobres», un hombre y una mujer ya mayores, vestidos de ceremonia, sí, pero siempre con la misma ropa gastada, que no faltaban a ningún estreno, aplaudían con idéntico ardor cualquier cosa que pusieran, no hablaban con nadie, no saludaban a nadie y no cambiaban una palabra ni siquiera entre ellos; hasta el punto de que todos los consideraban *claqueurs* de lujo, desplazados al sector más aristocrático de la platea para dar vía libre a los aplausos. Más allá, el excelente profesor Schiassi, economista, famoso por haber seguido años y años a Toscanini allí adonde fuese a dar un concierto; y como entonces anduviera escaso de dinero, viajaba en bicicleta, dormía en los parques y comía las provisiones que llevaba en una mochila; parientes y amigos pensaban que estaba un poco loco, pero lo querían igual. Y ahí estaba el ingeniero Beccian, de canales y puertos, tan rico que quizá fuera hasta multimillonario, melómano humilde e infeliz que, habiendo sido nombrado hacía un mes consejero de la Sociedad del Cuarteto (por lo cual había suspirado durante decenas de años como un enamorado y había hecho indecibles esfuerzos diplomáticos), le había acometido tal ataque de soberbia en su casa y en su empresa, que se había vuelto insoportable, y él, que antes no osaba dirigir la



palabra al último de los contrabajos, pontificaba ahora sobre Purcell y D'Indy. Y allí, con su minúsculo marido, la bellísima Maddi Canestrini, antigua dependienta que a cada nueva ópera se hacía catequizar por la tarde por un profesor de historia de la música para no hacer ningún papelón; nunca su célebre busto se había podido admirar en tanta plenitud y, verdaderamente, resplandecía entre la multitud, como dijo uno, igual que el faro en el cabo de Buena Esperanza. Allí estaba la princesa Wurz-Montague, con su gran nariz de pájaro, venida expresamente de Egipto con sus cuatro hijas. Allí, en el palco más bajo del proscenio, brillaban los ávidos ojos del barbudo conde Noce, asiduo tan sólo a las óperas que prometieran la aparición de bailarinas, y que en tal circunstancia, desde tiempo inmemorial, expresaba incansablemente su satisfacción con la fórmula invariable: «Ah, ¡qué figuras! Ah, ¡qué piernas!». En un palco del primer piso, toda la tribu de los Salcetti, vieja familia milanesa que se jactaba de no haberse perdido un estreno de la Scala desde 1837. Y en el cuarto piso, casi encima del proscenio, la pobre marquesa Marizzoni, con madre, tía e hija núbil, que miraban de reojo con amargura al suntuoso palco 14 del segundo piso, su feudo, que se habían visto obligadas a abandonar este año por restricciones económicas; resignadas a gastar en el abono un octavo de lo que acostumbraban, permanecían allí arriba, entre las palomas, rígidas y comedidas como abubillas, procurando pasar inadvertidas. Entre tanto, velado por un edecán en uniforme, un obeso príncipe indio no muy bien identificado daba cabezadas y, obedeciendo al ritmo de su respiración, la *aigrette* de su turbante subía y bajaba, asomando fuera del palco. Poco más allá, con un vestido color rojo vivo que causaba estupor, abierto por delante hasta la cintura, los brazos desnudos con un cordón negro enroscado en ellos como una serpiente, se hallaba de pie, para hacerse admirar, una impresionante mujer de unos treinta años; una actriz de Hollywood, decían, pero las opiniones acerca de su nombre eran discordantes. A su lado se sentaba, inmóvil, un niño guapísimo y espantosamente pálido que parecía que fuera a morir de un momento a otro. En cuanto a los círculos rivales de la nobleza y de la burguesía adinerada, habían renunciado a la elegante costumbre de dejar los balcones de proscenio medio vacíos. Los "señoritos" mejor provistos de Lombardía se hacinaban ahí en apretados racimos de rostros bronceados, de camisas brillantes, de fracs de los mejores sastres. Para confirmar el éxito de la velada, se veía, además, contra lo acostumbrado, gran número de mujeres hermosas con *décolletés* sumamente atrevidos, Cottes se propuso entregarse de nuevo, durante algún descanso, a una distracción que acostumbraba permitirse en sus años mozos: abismarse tales panoramas desde lo alto. Y en su interior escogió como observatorio el palco del cuarto piso en que destellaban las esmeraldas gigantescas de Flavia Sol, excelente contralto y buena amiga.

Sólo un palco, semejante a un ojo tenebroso y fijo en medio de un tremolar de flores, contrastaba con este frívolo esplendor. Estaba en el tercer piso y en él se hallaban, sentados uno a cada lado y un tercero de pie, tres señores de treinta a cuarenta años con trajes cruzados de color negro, corbatas oscuras y rostros enjutos y sombríos. Inmóviles, átonos, ajenos a todo aquello que sucedía a su alrededor, volvían obstinadamente la mirada hacia el telón, como si éste fuese la única cosa digna de interés: parecían, no espectadores que hubieran acudido para disfrutar, sino jueces de un siniestro tribunal que, pronunciada la sentencia, aguardaran su ejecución y durante la espera prefirieran no mirar a los condenados, no ya por piedad, sino por repugnancia. Más de uno se paró a observarlos, experimentando cierto malestar. ¿Quiénes eran? ¿Cómo se permitían entristecer a la Scala con su aspecto fúnebre? ¿Era una provocación? ¿Y con qué objeto? También el maestro Cottes, cuando reparó en ellos, se quedó un poco perplejo. Una maligna disonancia. Y experimentó una oscura sensación de temor, hasta el punto de que no se atrevió a levantar hacia ellos sus binoculares.

Entre tanto se apagaron las luces. Resaltó en la oscuridad el blanco reflejo que ascendía de la orquesta y surgió allí la descarnada figura de su director, Max Nieberl, el especialista en música moderna.

Si aquella noche había en la sala hombres temerosos o inquietos, la música de Grossgemüth, la ansiedad del Tetrarca, las impetuosas y casi ininterrumpidas intervenciones del coro, encaramado como una bandada de cuervos sobre una especie de roca cónica (sus imprecaciones caían como cataratas sobre el público, sobresaltándolo a menudo), los extravagantes decorados, no estaban concebidos para tranquilizarlos. Sí, había energía, pero a qué precio. Instrumentos, músicos, coro, cantantes, cuerpo de baile (que se hallaba casi siempre en el escenario para dar minuciosas explicaciones mímicas, mientras que los protagonistas raras veces se movían), director, e incluso espectadores, se veían sometidos al máximo esfuerzo que se les podía exigir. Cuando concluyó la primera parte, estalló el aplauso no tanto a modo de aprobación como por la común necesidad física de liberar la tensión. Toda la maravillosa sala vibraba. A la tercera llamada compareció entre los intérpretes la elevada figura de Grossgemüth, quien correspondía con brevísimas y casi forzadas sonrisas, inclinando rítmicamente la cabeza. Claudio Cottes se acordó de los tres lúgubres señores y, sin parar de aplaudir, levantó los ojos para mirarlos: todavía estaban allí, inmóviles e inertes como antes, no se habían desplazado un milímetro, no aplaudían, no hablaban, ni siquiera parecían personas con vida. ¿Serían maniqués? Permanecieron en la misma posición aun después de que la mayor parte de la gente hubo salido al salón de descanso.

Precisamente durante el primer descanso los rumores de que fuera, en la ciudad, se estaba gestando una especie de revolución se extendieron entre el público. Pero también entonces se difundieron en sordina, poco a poco, gracias a una instintiva inhibición de la gente, No consiguieron prevalecer, ciertamente, sobre las encendidas discusiones sobre la ópera de Grossgemüth, en las que el viejo Cottes participó sin expresar juicios, con jocosos comentarios en milanés. Al fin sonó el timbre para anunciar la conclusión del *entr'acte*. Cuando bajaba por la escalera de la parte del Museo del teatro, Cottes se encontró al lado de un conocido cuyo nombre no recordaba, quien, al reparar en él, le sonrió con expresión astuta.

«Ah, querido maestro», dijo, «me alegro de verle, precisamente tenía deseos de decirle una cosa...». Hablaba lentamente y con una pronunciación muy afectada. Entre tanto, bajaban. Hubo un atasco, por un instante se separaron. «Ah, aquí está», prosiguió el conocido cuando se volvieron a juntar, «¿dónde se había metido? ¿Sabe que por un momento he pensado que se lo había tragado la tierra... ¡Como a Don Giovanni! ». Y le pareció haber encontrado un símil muy gracioso porque se echó a reír con ganas; y no paraba. Era un señor pálido, de aspecto incierto, un intelectual de buena familia venido a menos, habríase dicho a juzgar por su *smoking* de corte anticuado, su camisa floja de dudosa frescura y sus uñas de luto. El viejo Cottes, incómodo, aguardaba. Casi habían llegado abajo.

—Bueno —prosiguió, circunspecto, el conocido visto quién sabía dónde—, debe prometerme que considerará lo que le voy a decir como una comunicación confidencial... confidencial, ¿me explico? Quiero decir que no se imagine cosas que no son... Ni se le ocurra considerarme, ¿cómo decirlo?, un representante oficioso... un portavoz, ese es el término que se usa hoy, ¿no?

—Sí, sí —dijo Cottes sintiendo renacer en él el mismo malestar experimentado al encontrarse con Bombassei, si bien todavía más agudo—, sí... Pero le aseguro que no entiendo nada... —Sonó el segundo timbrado de llamada. Estaba en el pasillo que corre, a la izquierda, a un lado de la platea. Iban a abordar la escalerilla que lleva a las butacas.

Allí el extraño señor se detuvo. «Debo dejarle», dijo. «Yo no estoy en la platea... Bueno... bastará que le diga esto: su hijo, el compositor... quizá sería mejor... un poco más de prudencia, eso es... ya no es ningún niño, ¿verdad, maestro?... Pero vaya, vaya, que ya han apagado las luces... Y yo he hablado incluso demasiado, ¿sabe?» Rió, inclinó la cabeza sin darle la mano, y se fue con rapidez, casi a la carrera, por la alfombra roja del pasillo desierto.

De forma mecánica, el viejo Cottes se adentró en la sala ya a oscuras, pidió disculpas y llegó a su asiento. En su interior reinaba el tumulto. ¿Qué estaba tramando aquel loco de Arduino? Parecía que todo Milán lo supiera mientras que él, su padre, no alcanzaba siquiera a imaginárselo. ¿Y quién era ese misterioso señor? ¿Dónde se lo habían presentado? Intentaba recordar, sin éxito, las circunstancias de su primer encuentro. Le pareció poder excluir los ambientes musicales. ¿Dónde, entonces? ¿Quizá en el extranjero? ¿En algún hotel estando de veraneo?

No, no conseguía recordarlo en absoluto. Mientras tanto, en el escenario, la provocativa Martha Witt, en bárbara desnudez, avanzaba con sinuosidad de serpiente como encarnación del Miedo, o algo similar, que entraba en el palacio del Tetrarca.

Como se pudo, se alcanzó también el segundo *entraste*. Apenas se encendieron las luces, el viejo Cottes buscó al rededor, ansiosamente, al señor de antes. Le preguntaría, haría que le explicará; una aclaración no se la podía negar. Pero el hombre no aparecía. Por fin, su mirada, extrañamente atraída, se posó en el palco de los tres lúgubres individuos. Ya no eran tres; manteniéndose un tanto atrás, ahora había un cuarto, éste en *smoking*, pero también macilento. Un *smoking* de corte anticuado (ahora Cottes no vaciló en mirar con los binoculares), una camisa floja de dudosa frescura. Y, a diferencia de los otros tres, el nuevo reía con expresión astuta. Un escalofrío recorrió la espalda del maestro Cottes.

Se volvió hacia el profesor Ferro como aquel que, hundiéndose en el agua, aferra sin vacilar el primer asidero que se le presenta.

—Perdone, profesor —preguntó con precipitación—, ¿sabría usted decirme quiénes son aquellos individuos de ese palco, allí en el tercer piso, justo a la izquierda de aquella señora que va de violeta?

—¿Esos nigromantes? —dijo riendo el pediatra—. ¡Son el Estado Mayor! ¡El Estado Mayor casi al completo!

—¿El Estado Mayor? ¿Qué Estado Mayor?

Ferro parecía divertido:

—Por lo menos lo que es usted, maestro, vive siempre en las nubes. Dichoso usted.

—¿Qué Estado Mayor? —insistió Cottes irritado.

—¡El de los Morzi, bendito de Dios!

—¿Los Morzi? —repitió el viejo... Los Morzi, terrible nombre. Él, Cottes, no estaba ni a favor ni en contra. De eso no entendía, nunca había querido interesarse en tales cuestiones, sólo sabía que eran peligrosos, que era mejor no meterse con ellos. Y aquel desventurado de Arduino se les había enfrentado, se había atraído su enemistad. No había otra explicación. A la política, a las intrigas se dedicaba así pues aquel muchacho sin dos dedos de frente en vez de poner algo de sentido común en su música. Un padre indulgente, sí, discreto, comprensivo a más no poder; ¡pero al día siguiente sabía Dios que le habría de oír! ¡Exponerse a una desgracia por un capricho idiota! Al mismo tiempo renunció a la idea de interpelar al señor de poco antes. Comprendía que sería inútil, cuando no perjudicial. Los Morzi eran gente que no se andaba con bromas. Y gracias que habían tenido la delicadeza de avisarle. Miró detrás de sí. Tenía la sensación de que toda la sala lo estaba mirando con desaprobación. Mala gente, los Morzi. Y poderosos. Ecurridizos. ¿Por qué meterse a provocarlos?

Volvió en sí con esfuerzo.

—¿Se siente bien, maestro? —le preguntaba el profesor Ferro.

—¿Cómo? ¿Por qué ... ? —respondió, regresando poco a poco a la superficie.

—He visto que se ponía pálido... Pasa a veces con este calor.. Perdóname...

Le dijo:

—Al contrario... se lo agradezco... de hecho he tenido un desfallecimiento... ¡Ya soy viejo! —concluyó en dialecto. Se incorporó y se dirigió a la salida. E, igual que por la mañana el primer rayo de sol desvanece las pesadillas que han obsesionado al hombre durante toda la noche, el espectáculo de toda aquella humanidad acaudalada, rebosante de salud, elegante, perfumada y viva entre los mármoles del salón de descanso, rescató al viejo artista de las tinieblas en que la revelación le había hecho sumirse. Resuelto a distraerse, se acercó a un grupito de críticos que estaban conversando.

—En todo caso —decía uno—, los coros siguen estando ahí, eso no se puede negar.

—Pero los coros son a la música —dijo un segundo— como las cabezas de viejo a la pintura. El efecto pronto se logra, pero del efecto nunca se desconfía bastante.

—Está bien —dijo un colega célebre por su espontaneidad—. Pero entonces, ¿qué ocurre?... La música actual no busca efectos, no es frívola, no es pasional, no se puede repetir de memoria, no es instintiva, no es fácil, no es vulgar... perfecto. Pero ¿me pueden decir qué queda?

Cottes pensó en la música de su hijo.

Fue un gran éxito. Es poco probable que hubiera en toda la Scala alguien a quien gustara sinceramente la música de la *Matanza*. Pero anidaba en la generalidad el deseo de mostrarse a la altura de las circunstancias, de figurar en la vanguardia. En este sentido se entabló tácitamente una especie de competición para superarse. Además cuando uno escruta una música con sus cinco sentidos para descubrir en ella toda posible belleza, genialidad creativa y significado oculto, la autosugestión trabaja sin freno. Por otra parte, ¿cuándo se habla visto que alguien se divirtiese con las óperas modernas? Se sabía de partida que los nuevos grandes maestros rehúyen divertir. Era tontería pretenderlo. Para el que quisiera divertirse ¿no estaban acaso el teatro de variedades, los "luna park" de los bastiones? Por lo demás, aquella exasperación nerviosa a la que llevaban la orquestación de Grossgemüth, las voces siempre empleadas en el máximo registro y, especialmente, los machacones coros, no era desdeñable en absoluto. Aunque fuera de forma brutal, el público en cierto sentido había experimentado una conmoción, ¿cómo negarlo? El desasosiego que se acumulaba en los espectadores y les obligaba, apenas se hacía el silencio, a aplaudir, a gritar "bravo", a revolverse, ¿no era lo máximo a que podía aspirar un compositor?

Con todo, el verdadero entusiasmo lo desató la última, larga y apremiante escena del "oratorio", cuando los soldados de Herodes irrumpieron en Belén en busca de los niños y las madres se los disputaron a la puerta de las casas hasta que aquéllos se salieron con la suya, entonces el cielo se oscureció y, desde el fondo del escenario, un acorde altísimo de trompetas anunció la salvación del Señor. Hay que decir que escenógrafo, figurinista y, sobre todo, Johan Monclar, autor de la coreografía e inspirador de todo el montaje escénico, habían conseguido evitar toda posible interpretación ambigua: el conato de escándalo sucedido en París los había puesto en guardia. De modo que Herodes, no es que se pareciese a Hitler, pero tenía sin duda un aspecto decididamente nórdico que recordaba más a Sigfrido que al señor de Galilea. Y sus soldados, especialmente por la forma del casco, tampoco se prestaban a equívocos. «Pero esto», dijo Cottes en dialecto, «poco tiene que ver con el palacio de Herodes. ¡Deberían haber escrito ahí encima "Oberkommandantur"!».

Los cuadros escénicos gustaron mucho. Efecto irresistible, como se ha dicho, ejerció la trágica danza final de los verdugos y de las madres, mientras el coro, en su roca, rabiaba por intervenir. La caracterización, por decirlo así, de Monclar (no excesivamente innovadora, por lo demás) fue de suma sencillez. Los soldados iban completamente de negro, incluido el rostro; las madres, completamente de blanco, y representaban a los niños una especie de *pupi* hechos al torno (según diseño, constaba en el programa, del escultor Ballarin), de color rojo vivo, impolutos y, precisamente por su pulcritud, emocionantes. Las sucesivas composiciones y descomposiciones de aquellos tres elementos, blanco, negro y rojo, sobre el fondo violáceo del pueblo, que se precipitaban a un ritmo cada vez más apremiante, se vieron interrumpidas a menudo por los aplausos. «Mira qué radiante está Grossgemüth», exclamó una señora detrás de Cottes cuando el autor avanzó hasta la corbata. «¡Menudo mérito!», replicó él en dialecto. «¡Pero si tiene la cabezota como una bombilla!» De hecho, el célebre compositor estaba calvo (¿o acaso afeitado?) como un huevo.

El palco del tercer piso que habían ocupado los Morzi ya estaba vacío.

En esta atmósfera de satisfacción, mientras la mayor parte del público se iba a casa, la *crème* afluyó con rapidez al salón de descanso para la recepción. En los ángulos del resplandeciente salón se habían colocado suntuosos floreros con hortensias blancas y rosas, escondidos hasta el momento. En cada una de las dos puertas recibían a los invitados, por una parte, el director artístico, el maestro Rossi-Dani, y por otra el director del teatro, el doctor Hirsch, con su fea pero exquisitamente educada mujer. Un poco más atrás de ellos, pues le gustaba hacer sentir su presencia pero al mismo tiempo no quería ostentar una autoridad que no tenía oficialmente, la señora Passalacqua, más frecuentemente llamada "doña Clara", charlaba con el venerable maestro Corallo. Antigua secretaria y brazo derecho, muchos años atrás, del maestro Tarra, el director artístico de entonces, la Passalacqua, viuda desde hacía por lo menos treinta años, rica por su casa, emparentada con la mejor burguesía industrial de Milán, había conseguido que la consideraran indispensable aun después de la muerte de aquél. Naturalmente, tenía enemigos, que la definían como una intrigante, pero incluso éstos se apresuraban a obsequiarla si se la encontraban.

Aunque probablemente no existiera ningún motivo para ello, se la temía. Los sucesivos directores administrativos y artísticos del teatro no habían tardado en intuir la ventaja de tenerla de su parte. Le preguntaban cuando se trataba de planear la programación del año, le consultaban acerca de los repartos y, cuando surgía cualquier problema con la autoridad o con los artistas, se la llamaba siempre para solucionarlo; algo en lo cual, menester es decirlo, era sumamente diestra. Por lo demás, para cubrir las apariencias, doña Clara era consejera del Ente autónomo desde tiempo inmemorial: un cargo prácticamente vitalicio que nunca nadie había tomado en consideración cuestionar. Sólo un director nombrado por el fascismo, el *commendatore* Mancuso, hombre de óptima pasta pero carente de cualquier noción del arte de marear en la vida, había intentado arrinconarla; pero al cabo de tres meses, nadie sabe por qué, fue sustituido.

Doña Clara era una mujer feíta, pequeña, magra, de aspecto insignificante, descuidada en el vestir. Una fractura de fémur que había sufrido en su juventud al caerse de un caballo la había dejado un poco coja (de ahí el mote de "diabla coja" que le daba el clan adversario). Sin embargo, al cabo de pocos minutos sorprendía la inteligencia que iluminaba su rostro. Aunque parezca extraño, más de uno se había enamorado de ella. Ahora, pasados los sesenta años, también por aquella especie de prestigio que le daba la edad, veía consolidarse su poder como nunca. En realidad, tanto el director

como el director artístico eran poco más que funcionarios dependientes de ella; pero sabía maniobrar con tanto tacto que no se daban cuenta de esto y se creían poco menos que los dictadores del teatro.

La gente entraba en oleadas. Hombres célebres y respetados, torrentes de sangre azul, *toilettes* recién llegadas de París, joyas célebres, bocas, hombros y senos a los que ni los ojos más morigerados se podían resistir. Pero junto con todo esto entraba también aquello, runrún remoto e indigno de crédito, que hasta entonces apenas había destellado fugazmente entre la multitud sin herirla: el miedo. Los diferentes y discordes rumores habían acabado por encontrarse y, confirmándose recíprocamente, hacer presa. Aquí y allá se cuchicheaba, se decían secretos al oído, risitas escépticas, exclamaciones incrédulas de aquellos que lo echaban todo a risa. En aquel momento, seguido por los intérpretes, Grossgemüth compareció en el salón. Un tanto laboriosamente, se hicieron las presentaciones, en francés. Luego el compositor, con la indiferencia que da la costumbre, fue guiado hacia el *buffet*. A su lado estaba doña Clara.

Como sucede en estos casos, los conocimientos de lenguas extranjeras se vieron sometidos a dura prueba.

«*Un chef-d'oeuvre, véritablement, un vrai chef-d'oeuvre!*», repetía sin cesar el doctor Hirsch, el director, napolitano a pesar de su nombre, que parecía no saber decir otra cosa. Tampoco Grossgemüth, a pesar de vivir hacía decenios en el Delfinado, se mostraba demasiado suelto, y su acento gutural hacía la comprensión todavía más difícil. Por lo que se refería al maestro Nieberl, el director de la orquesta, también alemán, francés sabía poco. Hizo falta algún tiempo antes de que la conversación se encarrilara. Único consuelo para los más galantes: la sorpresa de que Martha Witt, la bailarina de Bremen, hablase pasablemente el italiano, incluso con un curioso acento boloñés.

Mientras los camareros se deslizaban entre la gente con vasos de vino espumoso y pastas, se formaron los grupos.

Grossgemüth hablaba en voz baja con la secretaria, de cosas al parecer muy importantes.

—*Je parie d'avoir aperçu Lenotre* —le decía—. *Etesvous bien sure qu'il n' y soit pas?* —Lenotre era el crítico musical de *Le Monde*, que lo había destrozado en el estreno de París; de haber estado presente esa noche, Grossgemüth habría conseguido un formidable desquite. Pero *monsieur* Lenotre no estaba.

—*A quelle heure pourrat-on lire le «Corriere della Sera»?* —continuaba inquiriendo el gran maestro a doña Clara con el desparpajo propio de los grandes—. *C'est le journal qui a le plus d'autorité en Italie n'est-ce-pas, Madame?*

—*Au moins on le dit* —respondió con una sonrisa doña Clara—. *Mais jusqu'à demain matin...*

—*On le fait pendant la nuit, n'est-ce-pas, Madame?*

—*Oui, il paraît le matin. Mais je crois vous donner la certitude que ce sera une espèce de panégyrique. On m'a dit que le critique, le maître Fratt, avait l'air rudement bouleversé.*

—*Oh, bien, ça serait trop, je pense.* —Trató de improvisar un cumplido—. *Madame, cette soirée a la grandeur, et le bonheur aussi, de certains rêves... Et, á propos, je me rappelle un autre journal... le «Messaro», si je ne me trompe pas...*

—*Le «Messaro»?* —doña Clara no comprendía.

—*Peut-être le «Messaggero»?* —sugirió el doctor Hirsch.

—*Oui, oui, le «Messaggero» je voulais dire...*

—*Mais c'est á Rome, le «Messaggero»!*

—*Il a envoyé tout de meme son critique* —anunció uno a quien desgraciadamente nadie conocía con tono triunfal; después pronunció la frase que había de hacerse célebre y cuya belleza sólo Grossgemüth pareció no captar—.

*Maintenant il est derriere á téléphoner son reportage!*

—*Ah, merci bien. J'aurais envie de la voir, demain, ce «Messaggero»* —dijo Grossgemüth inclinándose hacia la secretaria, y explicó—: *Aprés tout c'est un journal de Rome, vous comprenez?*

En ese momento apareció el director artístico para ofrecer a Grossgemüth, en nombre del Ente autónomo de la Scala, una medalla de oro grabada con la fecha y el título de la ópera en un estuche de raso azul. Siguiéron las consabidas protestas del agasajado, los agradecimientos, por unos instantes el gigantesco compositor pareció realmente emocionado. Luego el estuche pasó a la secretaria. Ésta lo abrió para admirar su contenido, sonrió extasiado y susurró al maestro: «*Épatant! Mais ca, je m'y connais, c'est du vermeil!*».

El conjunto de los invitados, en cambio, se interesaba por otra cosa. No le preocupaba la matanza de los inocentes, sino otra distinta. Que se esperaba una acción de los Morzi había dejado de ser el secreto de unos pocos bien informados. El rumor, a fuerza de circular, había Regado aun a aquellos que acostumbraban a estar en la luna, como el maestro Claudio Cottes. Pero en el fondo, a decir verdad, no muchos se lo creían. «Este mes incluso han reforzado la policía. Hay más de veinte mil agentes sólo en la ciudad. Y luego están los carabinieri... Y luego el ejército...», decían. «¡El ejército! Pero ¿quién nos garantiza lo que hará la tropa cuando llegue el momento? Si se le ordenara abrir fuego, ¿dispararía?» «El otro día mismo hablé con el general De Matteis. Dice que puede responder de la moral de la tropa... Claro que las armas no son las más idóneas...» «¿Idóneas para qué?» «Idóneas para las operaciones de orden público... Harían falta más bombas lacrimógenas... decía, además, que para estos casos no había nada mejor que la caballería... Pero ¿qué se ha hecho hoy día de la caballería?... Es prácticamente inofensiva, más ruido que otra cosa...» «Escucha, querido, ¿no sería mejor irnos a casa?» «¿A casa? ¿Y por qué a casa? ¿Crees acaso que allí estaríamos más seguros?» «Señora, por favor, tampoco exageremos. Primero hay que ver qué pasa además, si pasa algo, será mañana, pasado mañana... Cuándo se ha visto que una revolución estalle de noche con las fábricas cerradas... las calles desiertas... ¡eso, para la fuerza pública, sería coser y cantar!...» «¿Una revolución? Dios santo, ¿has oído, Beppe?... Ese señor ha dicho que hay una revolución... Beppe, ¿qué vamos a hacer?... Pero di algo, Beppe, haz algo... ¡estás ahí como un pasmarote!» «¿Os habéis fijado? En el tercer acto, en el palco de los Morzi ya no había nadie.» «Tampoco en el de la Cuestura y la Prefectura, querido... ni siquiera en los del ejército, ni las señoras... desbandada general.. parecía que hubieran dado una consigna.» «Ah, pero en la Prefectura no se chupan el dedo... allí saben... el Gobierno tiene informadores entre los Morzi, incluso en las células periféricas.» Y así todo. En su interior, todos habrían preferido estar a esa hora en casa. Pero, por otra parte, nadie se atrevía a marcharse. Todos tenían miedo de sentirse solos, miedo del silencio, de no tener noticias, de esperar en la cama, fumando, el estallido del primer grito. En cambio allí, entre tanta gente conocida, en un ambiente ajeno a la política, con tantos personajes cargados de autoridad, se sentían como protegidos, en suelo inviolable, como si la Scala fuese una sede diplomática. ¿En qué cabeza cabía, además, que todo este viejo mundo, alegre, noble y educado, todavía tan sólido, que todos estos hombres de talento, todas estas mujeres tan bellas y amantes de las cosas buenas, pudieran verse barridos de un plumazo?

Con un mundano cinismo que a él le parecía de muy buen gusto, Teodoro Clissi, el "Anatole France italiano", como se le había definido hacía treinta años, bien parecido, ajado su rostro rosado de querubín y unos bigotes grises que obedecían a un preteridísimo modelo de intelectual, describía alegremente aquello que todos temían que sucediera.

—Primera fase —decía adoptando un tono magistral y agarrando con los dedos de la mano derecha el pulgar de la izquierda, como cuando se enseña a contar a los niños— : ocupación de los llamados centros neurálgicos de la ciudad... y quiera el Cielo que la cosa no esté ya demasiado adelantada —consultó, riendo, su reloj de pulsera—. Segunda fase, estimados señores: neutralización de los elementos hostiles...

—¡Dios mío! —exclamó sin poderlo evitar Mariú Gabrielli, la mujer del financiero—. ¡Y mis pequeños están solos en casa!

—Nada de pequeños, querida señora, no tema —dijo Clissi—. Esto es caza mayor: nada de niños, sólo adultos, ¡y bien desarrollados!

Rió su propia gracia.

—¿No tienen a la *nurse* en casa? —exclamó la bella Ketti Introzzi, tan tonta como de costumbre.

Intervino una voz fresca y arrogante al mismo tiempo. —Usted perdone, Clissi, pero ¿de verdad le hacen gracia estas historias?

Era Liselore Bini, quizás la señora joven más brillante de Milán, agradable tanto por su cara rebotante de vida como por esa sinceridad irreprimible que sólo proporcionan o un espíritu grande o la notoria superioridad social.

—Bueno —dijo el novelista un poco cortado, pero sin abandonar el tono festivo—. Me parece oportuno guiar a estas damas hacia la novedad que...

—Me va a perdonar, Clissi, pero contésteme: ¿diría usted aquí, esta noche, las cosas que dice si no se sintiese seguro?

—¿Seguro de qué?

—Oh, Clissi, no me obligue a decir lo que todos saben. Por otra parte, ¿por qué reprocharle que tenga usted buenos amigos también entre, cómo decirlo, entre los revolucionarios?... Al contrario, ha hecho bien, muy bien... Quizá dentro de poco podremos comprobarlo... Usted sabe bien que puede contar con librarse...

—¿Librarme? ¿Librarme de qué? —dijo él, súbitamente pálido.

—¡Diantre! ¡Del paredón! —y le dio la espalda entre las risas sofocadas de los presentes.

El grupo se dispersó. Clissi se quedó prácticamente solo. Los otros, algo más allá, hicieron círculo en torno a Liselore. Como si aquello fuese una especie de vivac, el último desesperado vivac de su mundo, la Bini se acomodó lánguidamente en el suelo, extendiendo entre las colinas y el *champagne* caído la *toilette* de Balmain que había costado, a ojo de buen cubero, unas doscientas mil liras. Se puso entonces a discutir vivamente con un acusador imaginario, asumiendo la defensa de su clase. Pero como no había nadie que la contradijese, tenía la impresión de no ser bien comprendida y, levantando el rostro hacia los amigos que estaban de pie, se ensayaba infantilmente:

—¿Acaso no saben los sacrificios que se han hecho? ¿Que no tenemos ya un céntimo en el banco?... ¡Las joyas! ¡Aquí están las joyas! —y fingía quitarse un brazalete de oro con un topacio de cuarto de kilo—. ¡Menuda fortuna! Y aun suponiendo que diéramos toda la quincalla, ¿qué se arreglaría?... Pero no, no es por eso —y su voz se aproximaba al llanto—. Es porque odian nuestro aspecto... No soportan que haya gente educada... no soportan que nosotros no apestemos como ellos... ¡esa es la "nueva justicia" que quieren esos cerdos!...



—Prudencia, Liselore —dijo un joven—, Nunca se sabe quién puede estar escuchando.

—¡Un cuerno, prudencia! ¿Acaso crees que no sé que mi marido y yo somos los primeros de la lista? ¿Quién quiere tener prudencia? Ya hemos sido demasiado prudentes, eso es lo malo. Y ahora quizá... —calló—. Bueno, mejor dejarlo correr.

El único de la concurrencia que perdió en seguida la cabeza fue el maestro Claudio Cottes. Igual que el explorador —por hacer una comparación de antiguo cuño— que, a fin de evitar contrariedades, ha dado un gran rodeo para evitar el territorio de los caníbales y, después de bastantes días de viaje constante por tierra segura, cuando ya no lo espera, ve asomar a centenares, por encima de la maleza que crece detrás de su tienda, las azagayas de los ñam ñam y distingue entre las hojas el brillo de famélicas pupilas, del mismo modo el viejo pianista se puso a temblar ante la noticia de que los Morzi entraban en acción. Todo se le había venido encima en el espacio de pocas horas: la primera inquietud premonitorio causada por la llamada de teléfono, las ambiguas palabras de Bombassei, la advertencia de aquel señor que no lograba situar y, ahora, la catástrofe inminente. ¡Y ese imbécil de Arduino! Si había un zambombazo sería uno de los primeros con quienes los Morzi ajustaran cuentas. Y ahora era demasiado tarde para evitarlo. Luego, para consolarse, se decía: «¿Pero acaso no es buena señal que ese señor de hace poco me advirtiera? ¿No significa eso, acaso, que contra Arduino no tienen más que sospechas? Seguro», intervenía dentro de él otra voz, « ¡como que en las insurrecciones se andan con tantas delicadezas ¿Por qué descartar, además, que la advertencia se haya hecho esta misma noche por pura maldad, cuando a Arduino no le queda ya tiempo para salvarse?». Fuera de sí, el viejo iba de grupo en grupo presa de los nervios, el rostro ansioso, con la esperanza de oír cualquier noticia tranquilizadora. Pero buenas noticias no las había. Acostumbrados a verlo siempre jovial y hablador, sus amigos se hacían cruces de que estuviera tan trastornado. Pero bastante preocupación tenían ya con sus propios casos como para ocuparse de aquel inocuo viejo que justamente, además, nada tenía que temer.

Así vagando, con tal de apoyarse en cualquier cosa que le proporcionara alivio, trasegaba distraídamente una tras otra las copas de vino espumoso que los camareros le ofrecían sin tasa. Y, en su cabeza, la confusión aumentaba.

Hasta que se le ocurrió la decisión más sencilla. Y se maravilló de no haber dado antes con ella: volver a casa, advertir a su hijo, esconderlo en cualquier sitio. Sin duda no faltaban amigos que estarían dispuestos a acogerlo. Miró el reloj; la una y diez. Se dirigió hacia la escalera.

Pero a pocos pasos de la puerta se vio interceptado.

—¡Maestro! ¿Adónde va, bendito de Dios, a estas horas? Tiene usted mala cara. ¿No se siente bien? —Era nada menos que doña Clara, que se había apartado del grupo de gente más importante y estaba allí de pie, cerca de la salida, con un joven.

—Ah, doña Clara —respondió Cottes haciendo acopio de ánimo—. ¿Y adónde cree usted que puedo ir a una hora como esta, a mi edad? Pues a casa, naturalmente.

—Escuche, maestro —y la Passalacqua adoptó un tono de estrecha confianza—. Hágame caso: espere un poco. Mejor no salga... Fuera hay un poco de movimiento, ¿me entiende?

—¿Cómo? ¿Ya han comenzado?

—No se espante, querido maestro. No hay peligro. Nanni, ¿por qué no acompañas al maestro a tomar un cordial?

Nanni era el hijo del maestro Gibelh, un compositor que era viejo amigo suyo. Mientras doña Clara se alejaba para detener a otros en la salida, el joven, en tanto acompañaba a Cottes al *buffet*, lo puso al corriente. Hacía unos pocos minutos había

llegado el abogado Frigerio, hombre siempre bien informado, íntimo del hermano del prefecto. Había corrido a la Scala para advertir que nadie se moviera de allí. Los Morzi se habían concentrado en varios puntos de la periferia y se disponían a converger en el centro. La Prefectura estaba ya prácticamente rodeada. Varios cuarteles de la policía se hallaban aislados y privados de medios de transporte. En resumen: la cosa estaba mal. Salir de la Scala, y más en traje de etiqueta, no era aconsejable. Mejor esperar. A los Morzi no se les ocurriría ocupar el teatro.

La nueva noticia, transmitida de boca en boca con sorprendente rapidez, causó enorme impresión en los invitados. Así pues, se había acabado el tiempo de las bromas. El murmullo se apagó y sólo siguió habiendo cierta animación en torno a Grossgemüth, con quien no se sabía qué hacer. Su mujer, cansada, hacía ya una hora que había llegado al hotel en coche. ¿Cómo acompañarlo ahora a él por las calles sumidas, se suponía, en el desorden? Sí, era un artista, un anciano, un extranjero. ¿Por qué habrían de amenazarle? Pero siempre cabía la posibilidad. El hotel estaba lejos, enfrente de la estación. ¿Y si se le daba una escolta de policía? Probablemente sería peor.

Hirsch tuvo una idea:

—Escuche, doña Clara. Si pudiéramos encontrar algún pez gordo de los Morzi... ¿No ha visto a ninguno por aquí?... Sería un salvoconducto ideal.

—Ya veo... —asintió doña Clara meditando—. Claro que sí, ¿sabe que es una idea estupenda?... Y estamos de suerte... Hace poco me ha parecido ver a uno. Ningún peso pesado, pero al fin y al cabo un diputado es un diputado. Me refiero a Lajanni... Sí, sí, corro a ver.

El excelentísimo señor Lajanni era un hombre pálido y modesto en el vestir. Aquella noche llevaba un *smoking* de corte anticuado, camisa de dudosa frescura y uñas de luto. Encargado por lo general de trabajar en cuestiones agrarias, raramente iba a Milán y sólo unos pocos lo conocían de vista. Por lo demás, hasta entonces, en vez de correr al *buffet*, se había ido solo a visitar el Museo del teatro. Había vuelto al salón hacía sólo unos minutos y se había sentado en un sofá algo alejado, fumando un Nazionali.

Doña Clara fue derecha hacia él. Éste se levantó.

—Dígame la verdad su señoría —dijo la Passalacqua sin más preámbulos—, ¿está usted aquí de guardia?

—¿De guardia? ¿He oído bien? ¿Y por qué habría yo de estar de guardia? —exclamó el diputado levantando las cejas para manifestar su estupor.

—¿Y usted me lo pregunta? ¡Mejor dígamelo usted, que es de los Morzi!

—Ah, es por eso... algo tengo que ver, sin duda... Y, para ser sincero, lo sabía todo con antelación... Sí, desgraciadamente conocía el plan de batalla.

Doña Clara, sin reparar en aquel «desgraciadamente», continuó con decisión:

—Escuche su señoría, comprendo que pueda parecerle un poco cómico, pero nos hallamos en una situación incómoda. Grossgemüth está cansado, quiere irse a dormir y no sabemos cómo hacerle llegar al hotel. Ya me entiende, hay alboroto en las calles... Nunca se sabe... un malentendido... un incidente... es un momento... Por otra parte, tampoco sabemos cómo explicarle la dificultad. Me parecería poco apropiado con alguien de fuera. Y luego...

Lajanni la interrumpió:

—En resumen, si no me equivoco, querrían que yo lo acompañara, que lo arropara con mi autoridad, ¿no es eso? Ja, ja... —rompió a reír de tal modo que doña Clara se quedó de piedra. Reía compulsivamente al tiempo que hacía un gesto con la mano derecha como diciendo que lo entendía, sí, que era una grosería reír así, que pedía disculpas, estaba desolado, pero el caso era demasiado cómico. Hasta que recuperó el

resuello y se explicó—: ¡El último, muy señora mía —dijo con su pronunciación afectada, todavía sacudido por los hipos de la risa—... ¿sabe lo que quiere decir el último?... el último de cuantos están en la Scala, incluidos acomodadores y camareros... el último que puede proteger al bueno de Grossgemüth, soy precisamente yo!... ¿Mi autoridad? ¡Esa sí que es buena! ¿Pero sabe usted a quién liquidarían primero los Morzi de todos los que están aquí? ¿Lo sabe?... —y esperaba su respuesta.

—Pues no sé... —dijo doña Clara.

—¡Pues al que suscribe, muy señora mía! Arreglarían cuentas conmigo con absoluta prioridad.

—Es decir, que ha caído usted en desgracia, algo así... —dijo ella, que no tenía pelos en la lengua.

—Eso es precisamente.

—¿Pero así? ¿De pronto? ¿Esta noche?

—Sí. Son cosas que pasan. Exactamente entre el segundo y el tercer acto, en el curso de una breve discusión. Pero creo que lo tenían pensado hacía meses.

—Bueno, por lo menos no ha perdido usted el buen humor..

—Bueno, nosotros —explicó con amargura—... siempre estamos preparados para lo peor.. Es un hábito mental... Pobres de nosotros, sí no. "

—Está bien. La embajada ha sido inútil, parece. Disculpe... y buena suerte, si me lo acepta... —añadió doña Clara volviendo la cabeza, pues ya se alejaba. «Nada que hacer», le anunció después al director. «Su señoría no nos sirve para nada... No se preocupe... Yo me encargo de Grossgemüth ...»

Desde una cierta distancia, prácticamente en silencio, los invitados habían seguido el encuentro y habían cazado al vuelo algunas frases. Pero nadie abrió tanto los ojos como el viejo Cottés: aquel que ahora le Mataban como el Excelentísimo señor Lajanni no era otro que el misterioso señor que le había hablado de Arduino.

El coloquio de doña Clara con el diputado de los Morzi y su desenvoltura, sumados al hecho de que fuera ella en persona a acompañar a Grossgemüth atravesando la ciudad, suscitaron muchísimos comentarios. Así pues, había algo de cierto en aquello que se rumoreaba hacía algún tiempo: que doña Clara intrigaba con los Morzi. Aparentando mantenerse ajena a la política, se bandeaba entre uno y otro campo. Algo lógico, por otra parte, sabiendo la clase de mujer que era. ¿Acaso no era perfectamente posible que, con tal de permanecer en su cargo, doña Clara hubiese previsto todas las eventualidades y se hubiera procurado entre los Morzi las amistades suficientes? Muchas señoras estaban indignadas. Los hombres, sin embargo, se inclinaban a disculparla.

Con todo, la partida de Grossgemüth con la Passalacqua, dando fin así a la recepción, acentuó la excitación general. Todo pretexto social para permanecer allí se había agotado. La ficción se venía abajo. Sedas, *décolletés*, fracs, joyas, todo el atalaje de la fiesta, adquirieron de pronto la amarga desolación de las máscaras una vez que ha terminado el carnaval, cuando la fatigosa vida de todos los días vuelve a hacer acto de presencia. Sin embargo, lo que había delante esta vez no era la cuaresma, sino algo mucho más temible que acechaba detrás del alba.

Un grupo salió a curiosear a la terraza. La plaza estaba desierta; los coches estaban adormecidos, más negros que nunca, abandonados. ¿Y los chóferes? ¿Dormían acaso, invisibles, en el asiento trasero? ¿O también ellos habían huido para tomar parte en la revuelta? Pero las farolas lucían con normalidad, todo dormía y se aguzaban los oídos para advertir si algún lejano murmullo, algún eco de alborotos, algún rumor de columnas militares se aproximaba. No se oía nada. «¿Pero es que estamos locos?», chilló alguien. «¿Imaginan lo que pasará si ven todas estas luces? ¡No hay mejor

reclamo! » Volvieron dentro y ellos mismos cerraron los postigos de fuera mientras otro iba a buscar al electricista. Al poco rato las grandes ararías del salón se apagaron. Los acomodadores trajeron una docena de candeleros que dejaron por el suelo. También esto pesó sobre los ánimos como un mal augurio.

Cansados, los hombre y las mujeres, como había pocos divanes, comenzaron a sentarse en el suelo después de extender en él los abrigos para no ensuciarse. Delante de un pequeño despacho cercano al Museo, donde había un teléfono, se formó una cola, También Cottes aguardó su turno, para intentar cuando menos advertir del peligro a Arduino. A su alrededor ya nadie bromeaba, nadie se acordaba ya ni de la *Matanza* ni de Grossgemüth.

Tuvo que esperar al menos tres cuartos de hora. Cuando se halló solo en el pequeño cuarto (allí, como no había ventanas, estaba encendida la luz eléctrica), tuvo que marcar tres veces el número, pues las manos le temblaban. Por fin oyó la señal de llamada. Le pareció un sonido amistoso, la tranquilizadora voz de su casa. Pero ¿por qué no respondía nadie? ¿Acaso Arduino no había vuelto todavía? Sin embargo, eran más de las dos. ¿Lo habrían detenido ya los Morzi? Apenas podía reprimir su ansiedad. Por Dios, ¿por qué no contestaba nadie? Ah, por fin.

—¿Sí? ¿Diga? —era la voz soñolienta de Arduino—. ¿Quién demonios es a estas horas?

—Sí —dijo su padre. Pero se arrepintió de inmediato. Cuánto mejor haber callado, pues en aquel instante se le había ocurrido que la línea podía estar intervenida. ¿Qué decirle ahora? ¿Aconsejarle huir? ¿Explicarle lo que estaba pasando? ¿Y si éstos estaban escuchando?

Buscó un pretexto anodino. Por ejemplo, que fuese en seguida a la Scala para convenir un concierto de piezas suyas. Pero no, Arduino habría tenido que salir. ¿Un pretexto trivial, entonces? ¿Que se había olvidado la cartera y que estaba preocupado? Peor. Su hijo no habría sabido lo que estaba pasando y los Morzi, que sin duda le estaban escuchando, entrarían en sospechas.

—¿Oye? ¿Oye?... —dijo para ganar tiempo. Quizá lo único pudiera ser decirle que se había olvidado la llave del portal, la única justificación plausible e inocente para una llamada tan intempestiva—. Oye, mira, que me he dejado ahí las llaves. Dentro de veinte minutos estoy abajo —se apoderó de él una oleada de terror. ¿Y si Arduino bajaba a esperarlo a la calle? Quizá hubieran enviado a alguien a neutralizarlo y estuviera allí aparcado—. No, espera —rectificó—, espera a que yo llegue para bajar. Silbaré.

—Imbécil, se dijo, eso era decirle a los Morzi la forma más fácil de capturarlo—. Escúchame bien —dijo—, escúchame bien... no bajes hasta que no oigas que silbo el motivo de la *Sinfonía románica*... ¿Sabes cuál es, verdad?... Quedarnos así, pues. Cuídate.

Cortó la comunicación para evitar preguntas peligrosas. ¿Pero qué clase de lío había organizado? Arduino todavía en ayunas del peligro y los Morzi prevenidos. Era posible que entre ellos hubiera algún musicólogo que conociera la *Sinfonía* convenida. Quizá, cuando llegara, encontraría en la calle enemigos esperándolo. No había Podido actuar de forma más estúpida. ¿Y si llamaba otra vez y hablaba claro? Pero en aquel momento la puerta se entreabrió y vio asomar el rostro receloso de una muchachita. Cottes salió enjugándose el sudor.

En el salón, apenas iluminado por las débiles luces, halló agravado el ambiente de desaliento. Señoras encogidas de frío, acurrucados una junto a otra como podían en los divanes, suspiraban. Muchas se habían quitado las joyas más vistosas y las habían vuelto a meter en sus bolsos; otras, trabajando delante de los espejos, habían reducido

sus peinados a formas menos provocadoras; otras se habían arreglado extrañamente con sus chales y sus velos para parecer casi penitentes. «Esta espera es horrible, mejor acabar con ella como sea.» «No, si esto era lo que faltaba... y yo que parecía que me lo olierá... Hoy teníamos que ir a Tremezzo, pero Giorgio dijo pero es un pecado perderse el estreno de Grossgemüth, digo pero nos esperan allí, no importa, dice, llamamos y lo arreglamos, a mí no me apetecía nada, y ahora, además, esta jaqueca... mi pobre cabeza...» «Oh, pero tú, perdona, no puedes quejarte, a ti te dejarán en paz, tú no estás comprometida...» «¿Sabes que Francesco, mi jardinero, dice que ha visto las listas negras con sus propios ojos?... Es de los Morzi... dice que hay más de cuarenta mil nombres sólo en Milán.»

«Dios mío, ¿será posible tal horror? ... » «¿Hay algo nuevo?» «No, no se sabe nada.» «¿Viene gente?» «No, decía que no se sabe nada.» Alguna tiene las manos juntas como por casualidad y reza, otra cuchichea al oído de una amiga incesantemente, sin parar, como presa de algún frenesí. Y luego hombres tumbados en el suelo, muchos de ellos sin zapatos, con los cuellos desabrochados, las corbatas blancas colgando, fuman, bostezan, roncan, conversan en voz baja, escriben quién sabe qué con lápices de oro a la vuelta del programa. Cuatro o cinco personas que miran a través de las ranuras de las persianas hacen de centinelas, dispuestas a avisar de cualquier novedad que suceda fuera. Y en un rincón, solo, el Excelentísimo señor Lajanni, pálido, un poco encorvado, con los ojos como platos, que fama Nazionali.

Sin embargo, durante la ausencia de Cottes la situación de los asediados había cristalizado de forma curiosa. Poco antes de que fuera a telefonar, se vio al ingeniero Clementi, el propietario de las griterías, pararse a hablar con Hirsch, el director, y luego alejarse un poco con él. Sin dejar de hablar, se dirigieron hacia el Museo del teatro y allí permanecieron varios minutos en la oscuridad. Luego Hirsch volvió al salón y murmuró algo sucesivamente a cuatro personas, quienes le siguieron; se trataba de, Clissi, el escritor, la soprano Borri, un tal Prosdocitni, comerciante en tejidos, y el joven conde Martoni. El grupito se llegó hasta donde estaba el ingeniero Clementi, que se había quedado en la oscuridad, y allí se montó una especie de conciliábulo. Sin dar ninguna explicación, un acomodador fue más tarde a coger uno de los candeleros del salón y lo llevó a la pequeña sala del Museo adonde aquéllos se habían retirado.

El movimiento, en un principio inadvertido, despertó curiosidad, o más bien alarma; en aquel estado de ánimo, poco era menester para infundir sospechas. Aparentando ir a parar allí por casualidad, algunos se acercaron a echar una ojeada; y de ellos, no todos volvieron al salón. De hecho, Hirsch y Clementi, según el rostro que se asomaba a la puerta de la pequeña sala, callaban o bien invitaban a entrar de forma bastante apremiante. En poco tiempo el número de los secesionistas llegó a la treintena.

Conociendo de quién se trataba, no era difícil comprender, Clementi, Hirsch y compañía intentaban ir a la suya, pasarse de forma anticipada a los Morzi, dar a entender que no tenían nada en común con todos esos podridos ricachones que estaban en el salón de descanso. De algunos se sabía ya que en otras ocasiones, más por miedo, probablemente, que por sincera convicción, se habían mostrado tibios o indulgentes con la poderosa secta. En el caso del ingeniero Clementi, aun siendo de mentalidad despótica y patronal, no había nada de extraño, considerando que uno de sus hijos, que había renegado de sus padres, ocupaba por si fuera poco un puesto de autoridad en las filas de los Morzi. No hacía mucho que se había visto al padre entrar en el tabuco del teléfono, habiendo debido aguantar los que aguardaban fuera más de un cuarto de hora; se supuso que, viéndose en peligro, Clementi había pedido por teléfono ayuda a su hijo y que éste, no queriendo comprometerse de forma personal, le había aconsejado actuar por su cuenta de inmediato, reuniendo una especie de comité favorable a los Morzi, algo

así como una junta revolucionaria de la Scala que luego, cuando llegaran, éstos reconocerían tácitamente y, lo que era más importante, pondrían a salvo. Después de todo, observó alguien, la sangre era la sangre.

Pero, por lo que se refería a muchos otros secesionistas, era como para hacerse cruces. Se trataba de típicos campeones de la casta que los Morzi odiaban por encima de cualquier otra; y a ellos o a gente como ellos podían imputarse muchos de los conflictos que demasiado a menudo ofrecían a aquéllos socorridos pretextos para la propaganda o la agitación. Y ahora, repentinamente, renegando de todo su pasado y de las palabras pronunciadas hacía pocos minutos, se ponían de parte de los enemigos. Evidentemente hacía tiempo que intrigaban en el campo adversario sin reparar en nada con tal de asegurarse una vía de escape llegado el momento oportuno; pero a hurtadillas, a través de terceras personas, para no quedar mal en el mundo elegante que frecuentaban. Cuando por fin había llegado la hora del peligro, se habían apresurado a quitarse la careta sin preocuparse de salvar las apariencias: al infierno las relaciones, las amistades lustres, la posición social, ahora se trataba de la vida.

La maniobra, si bien al principio avanzó en sordina, muy pronto optó por manifestarse con claridad con el fin de dejar definidas las respectivas posiciones. En la pequeña sala del Museo se volvió a encender la luz eléctrica y la ventana se abrió de par en par a fin de que se pudiera ver bien desde fuera y los Morzi supieran así en seguida, cuando llegaran a la plaza, que tenían allí amigos fieles.

De modo que, de vuelta en el salón, el maestro Cottes, al advertir el blanco resplandor que, reflejándose de uno en otro espejo, venía del museo y al oír el rumor de las conversaciones que allí se tenían, reparó en esta novedad. Con todo, no alcanzaba a entender las razones. ¿Por qué habían vuelto a encender la luz en el Museo y, en cambio, en el salón no? ¿Qué ocurría?

—¿Y qué hacen esos de allí? —preguntó por fin en voz alta.

—¿Que qué hacen? —alzó su simpática vocecita Liselore Bini, que estaba sentada en el suelo con la espalda apoyada en la de su marido—. ¡Bienaventurados los inocentes, querido maestro!... Esos maquiavelos han fundado la célula escalígera. No han perdido el tiempo. Apresúrese, maestro, el plazo de inscripción se cierra dentro de pocos minutos. Una gente estupenda, ¿sabe?... Nos han informado de que harán lo que sea necesario para salvarse... Ahora se reparten el pastel, dictan leyes, nos han autorizado a volver a encender las luces... vaya a verlos maestro, vale la pena... Son formidables, ¿sabe?... Pedazo de puercos, asquerosos —levantó la voz—... juro que si salimos de esta...

—Vamos, Liselore, cálmate —le dijo su marido, que sonreía con los ojos cerrados, divirtiéndose como si aquello fuera una nueva clase de deporte de aventura.

—¿Y doña Clara? —preguntó Cottes notando que sus ideas se nublaban.

—Ah, siempre a la altura de las circunstancias, la cojita... Ha optado por la solución más genial, aunque más cansada... Doña Clara camina. Camina, ¿comprende? Pasea arriba y abajo... dos palabritas aquí, dos palabritas allí, y así, vayan como vayan las cosas, ella está en su sitio... no se decanta... no se pronuncia... no se compromete... un poco de aquí, otro poco de allí... una veleta... ¡nuestra sin par presidenta!

Era verdad. Una vez de regreso después de haber llevado a Grossgemüth al hotel, Clara Passalacqua seguía reinando, dividiéndose de forma imparcial entre los dos partidos. Y por ello fingía ignorar el fin de aquella reunión por separado, como si fuera un capricho de los invitados, Esto la obligaba, no obstante, a no detenerse, porque detenerse equivalía a una elección comprometedora. Iba y venía, tratando de animar a las señoras más alicaídas, suministraba más asientos y, con muy buen sentido, animó a

tomar un generoso segundo piscolabis. Ella misma iba de acá para allá, cojeando, con las bandejas y las botellas, con tal de obtener en ambos campos un éxito personal.

—Chist, chist —advirtió en aquel momento uno de los centinelas apostados tras las persianas, y señaló hacia la plaza.

Seis o siete se precipitaron a ver. A lo largo de la fachada de la Banca Commerciale, proveniente de la via Case Rotte, avanzaba un perro: parecía un perro callejero y, con la cabeza baja, rozando el muro, desapareció via Manzoni abajo.

—¿Por ese has llamado? ¿Por un perro?

—Creía que detrás del perro...

De modo que la situación de los asediados estaba a punto de volverse grotesca. Fuera, las calles vacías, el silencio, paz absoluta, cuando menos en apariencia. Allí dentro, un panorama de desolación: decenas de personas ricas, estimadas y poderosas que, resignadas, soportaban aquella especie de humillación a causa de un peligro aún no demostrado.

Con el paso de las horas, el cansancio y el entumecimiento de los miembros iban en aumento, pero a algunos se les despejó la cabeza. Si los Morzi habían desencadenado la ofensiva, era muy extraño que no hubiese llegado todavía a la plaza de la Scala siquiera una simple avanzada. Y habría sido amargo pasar tanto miedo en balde. A la luz temblorosa de las velas, con una copa de vino espumoso en la diestra, se vio adelantarse hacia el grupo en que se hallaban las señoras de más consideración al abogado Cosenz, antaño célebre por sus conquistas y tenido todavía por algunas viejas damas por hombre peligroso.

—Queridos amigos, escuchen —declamó con voz insinuante—, es posible, digo que es posible, que mañana por la noche muchos de los que nos hallamos aquí nos encontremos, uso un eufemismo, en una situación crítica... —una pausa—. Pero también es posible, y no sabemos cuál de las dos hipótesis es más digna de consideración, que mañana por la noche toda Milán se desternille de risa al pensar en nosotros. Un momento. No me interrumpen... Evaluemos los hechos con serenidad. ¿Qué hay que nos haga creer que el peligro está tan próximo? Enumeremos los indicios. Primero: la desaparición en el tercer acto de los Morzi, del prefecto, del cuestor, de las autoridades militares. Pero ¿quién puede descartar, y perdónese me la herejía, que estuvieran hartos de la música? Segundo: las noticias, llegadas de distintas partes, de que se disponía a estallar una revuelta. Tercero, y esto sería lo más grave: las noticias que se dice, repito, se dice, ha traído mi benemérito colega Frigerio, el cual, no obstante, se ha marchado poco después y en realidad debe de haber hecho acto de presencia muy brevemente, ya que casi ninguno de nosotros lo ha visto. No importa. Admitámoslo: Frigerio ha dicho que los Morzi habían comenzado a tomar la ciudad, que la Prefectura estaba rodeada, etcétera... Pero yo pregunto: ¿de quién ha sacado Frigerio a la una de la madrugada estas informaciones? ¿Es posible que le hayan transmitido noticias tan reservadas a una hora tan avanzada de la noche? ¿Y quién lo ha hecho? ¿Y por qué motivo? Mientras tanto, en los alrededores no se ha advertido, y son ahora más de las tres, ningún indicio sospechoso. No se han oído ruidos de ningún tipo. En conclusión, podemos permitirnos cuando menos ponerlo en cuarentena.

—¿Y por qué nadie ha conseguido tener noticias por teléfono?

—Justamente —prosiguió Cosenz después de haber tomado un sorbo de *champagne*—. El cuarto elemento preocupante es, por llamarlo así, la sordera telefónica. Todo aquel que ha intentado hablar con la Prefectura y la Cuestura dice que no lo ha conseguido o, por lo menos, que no ha obtenido ninguna información. Pero si ustedes fueran un funcionario a quien una voz desconocida o dudosa les preguntase a la una de la mañana cómo van las cosas en la ciudad, ¿qué responderían?, digo yo. Y esto,

adviértanlo bien, en medio de una fase política sumamente delicada. Incluso los periódicos, es verdad, se han mostrado reticentes... Varios amigos míos de las redacciones no me han dicho más que vaguedades. Uno de ellos, Bertini, del *Corriere*, me ha respondido textualmente: «Hasta ahora aquí no se sabe nada preciso». «¿Y no preciso?», le he preguntado yo. Y me ha contestado: «No preciso, que no se entiende nada». Yo he insistido: «Pero ahí, ¿estáis preocupados?». Y ha contestado: «No exactamente, al menos hasta ahora».

Tomó aliento. Todos lo escuchaban con el loco deseo de poder aprobar su optimismo, El humo de los cigarrillos se condensaba junto con un vago olor mezcla de transpiración humana y perfumes. Un rumor de voces agitadas llegó a la puerta del Museo.

—Para concluir —dijo Cosenz—, por lo que se refiere a las noticias por teléfono o, mejor dicho, a la falta de noticias, no me parece que sea como para alarmarse demasiado. Probablemente tampoco en los periódicos saben demasiado. Y eso significa que la tan temida revolución, si es que existe, todavía no se ha perfilado bien. ¿Se imaginan que los Morzi, con la ciudad en su poder, dejaran salir el *Corriere della Sera*?

Dos o tres rieron en medio del silencio general.

—Pero no acaban aquí las cosas. El quinto elemento preocupante podría ser la secesión de esos de allí —y señaló con un gesto hacia el Museo—. Vamos: ¿creen ustedes que serían tan imbéciles como para comprometerse de forma tan abierta sin la completa seguridad de que los Morzi iban a tener éxito? Ya sé, ya me lo han dicho: en el caso de que la revuelta fracasara, admitida la revuelta, no sería difícil hallar buenos pretextos para justificar esa conjura particular. Figúrense, el único problema que tendrían sería escoger: intento de enmascararse, por ejemplo; la táctica de las dos barajas, preocupación por el destino de la Scala, y demás... Escúchenme: esos de ahí, mañana...

Vaciló un instante. Permaneció con el brazo izquierdo levantado sin acabar. En aquel brevísimo momento de silencio, desde una lejanía que era difícil estimar, llegó un sordo estruendo: el fragor de una explosión que retumbó en el corazón de los presentes.

«Jesús, Jesús», gimió Mariú Gabrielli cayendo de rodillas. «¡Mis niños! »

«¡Han comenzado!», gritó otra, histérica. «¡Calma, calma, no ha pasado nada! Parecéis chiquillas!», intervino Liselore Bini.

Entonces el maestro Cottes se adelantó. Con el rostro alterado, el abrigo sobre los hombros, las manos aferradas a las solapas del frac, miró fijamente a los ojos al abogado Cosenz, y anunció de forma solemne—.

—Me voy.

—¿Pero adónde? ¿Adónde se va? —preguntaron al mismo tiempo numerosas voces con una esperanza indefinible.

—A mi casa. ¿Adónde quieren que vaya? No aguanto más aquí —y avanzó en dirección a la salida. Pero se tambaleaba, habríase dicho que estaba borracho perdido.

—Pero ¿ya mismo? No, no, ¡espere! ¡Dentro de poco será ya de día!—gritaron a sus espaldas. Fue inútil. Dos de ellos le abrieron paso con las velas hasta abajo, donde un portero soñoliento le franqueó el paso sin reparos. «Telefonee», fue lo último que le dijeron. Cottes echó a andar sin responder.

Arriba, en el salón, la gente se abalanzó sobre los ventanales para espiar desde las rendijas de los postigos. ¿Qué pasaría? Vieron al anciano atravesar los ralles del tranvía; con pasos torpes, como si tropezara, encaminarse al parterre del centro de la plaza. Atravesó la primera hilera de coches detenidos y se adentró en la zona despejada. Súbitamente cayó de bruces, cómo si le hubieran dado un empujón. Pero, aparte de él, en la plaza no se veía un alma. Se oyó el impacto. Quedó tendido en el asfalto con los



brazos extendidos y la cara contra el suelo. De lejos parecía una gigantesca cucaracha aplastada.

Todos los que lo vieron se quedaron sin respiración. Permanecieron quietos, pasmados del susto, sin decir una palabra. Luego se alzó un horrible grito de mujer: « ¡Se lo han cargado! ».

Nada se movía en la plaza. Nadie salió de los coches que aguardaban para ayudar al viejo pianista. Todo parecía muerto. Y, por encima de todo ello, la opresión de una pesadilla inmensa.

—Le han disparado. He oído el tiro —dijo uno.

—¿Pero qué dice? Habrá sido el ruido de la caída.

—He oído el tiro, lo juro. Una automática, sé lo que me digo.

Nadie lo contradijo. Permanecieron así, quién sentado, fumando desesperado, quién tirado en el suelo, quién pegado a los postigos, espiondo. Sentían avanzar al destino, de forma concéntrico, desde las puertas de la ciudad hacia ellos.

Hasta que un resplandor vago de luz gris se extendió sobre los palacios adormecidos. Un ciclista solitario pasó con una bicicleta chirriante. Se oyó un fragor parecido al de los tranvías en la lejanía. Luego apareció en la plaza un hombrecillo encorvado que empujaba un carro. Con suma calma, partiendo del cruce con via Marino, el hombre comenzó a barrer. ¡Bravo! Bastaron unos pocos escobazos. Con los papeles y la suciedad, barría también el miedo. Otro ciclista, un obrero a pie, una camioneta. Milán despertaba poco a poco.

No había pasado nada. Sacudido al fin por el barrendero, el maestro Cottes se incorporó resoplando, miró con asombro a su alrededor, recogió su abrigo del suelo y, tambaleándose, apretó el paso hacia su casa.

Con el alba filtrándose a través de las persianas, se vio entrar con pasos quedos y silenciosos en el salón de descanso a la vieja florista. Una aparición. Parecía que hubiera acabado de vestirse y empolvarse para una velada inaugural y que la noche hubiera pasado sobre ella sin marchitarla: el vestido de tul negro largo hasta el suelo, el velo negro, las negras sombras rodeándole los ojos, el cestillo colmado de flores. Atravesó por medio de la lívida asamblea y, con su melancólica sonrisa, tendió a Liselore Bini una gardenia inmaculada.

## *Los siete mensajeros*

Partí a explorar el reino de mi padre, pero día a día me alejo más de la ciudad y las noticias que me llegan se hacen cada vez más escasas.

Comencé el viaje apenas cumplidos los treinta años y ya más de ocho han pasado, exactamente ocho años, seis meses y quince días de ininterrumpida marcha. Cuando partí, creía que en pocas semanas alcanzaría con facilidad los confines del reino; sin embargo, no he cesado de encontrar nuevas gentes y pueblos, y en todas partes hombres que hablaban mi misma lengua, que decían ser súbditos míos.

A veces pienso que la brújula de mi geógrafo se ha vuelto loca y que, creyendo ir siempre hacia el mediodía, en realidad quizá estemos dando vueltas en torno a nosotros mismos, sin aumentar nunca la distancia que nos separa de la capital; esto podría explicar por qué todavía no hemos alcanzado la última frontera.

Más a menudo, sin embargo, me atormenta la duda de que este confín no exista, de que el reino se extienda sin límite alguno y de que, por más que avance, nunca podré llegar a su fin.

Emprendí el camino cuando tenía ya más de treinta años, demasiado tarde quizás. Mis amigos, mis propios parientes, se burlaban de mi proyecto como de un inútil dispendio de los mejores años de la vida. En realidad, pocos de aquellos que eran de mi confianza aceptaron acompañarme.

Aunque despreocupado —¡mucho más de lo que lo soy ahora!—, pensé en el modo de poder comunicarme durante el viaje con mis allegados y, de entre los caballeros de mi escolta, elegí a los siete mejores para que me sirvieran de mensajeros.

Creía, ignorante de mí, que tener siete era incluso una exageración. Con el tiempo advertí, por el contrario, que eran ridículamente pocos, y eso que ninguno de ellos ha caído nunca enfermo ni ha sido sorprendido por los bandidos ni ha reventado ninguna cabalgadura. Los siete me han servido con una tenacidad y una devoción que difícilmente podré nunca recompensar.

Para distinguirlos con facilidad, les puse nombres cuyas iniciales seguían el orden alfabético: Alejandro, Bartolomé, Cayo, Domingo, Escipión, Federico y Gregorio.

Poco habituado a estar lejos de casa, mandé al primero, Alejandro, la noche del segundo día de viaje, cuando habíamos recorrido ya unas ochenta leguas. Para asegurarme la continuidad de las comunicaciones, la noche siguiente envié al segundo, luego al tercero, luego al cuarto, y así de forma consecutiva hasta la octava noche del viaje, en que partió Gregorio. El primero aún no había vuelto. Éste nos alcanzó la décima noche, mientras nos hallábamos plantando el campamento para pernoctar en un valle deshabitado. Supe por Alejandro que su rapidez había sido inferior a la prevista; yo había pensado que, yendo solo y montando un magnífico corcel, podría recorrer en el mismo tiempo el doble de distancia que nosotros; sin embargo, sólo había podido recorrer la equivalente a una vez y media; en una jornada, mientras nosotros avanzábamos cuarenta leguas, él devoraba sesenta, pero no más.

Lo mismo ocurrió con los demás. Bartolomé, que partió hacia la ciudad la tercera noche de viaje, volvió la decimoquinta. Cayo, que partió la cuarta, no regresó hasta la vigésima. Pronto comprobé que bastaba multiplicar por cinco los días empleados hasta el momento para saber cuándo nos alcanzaría el mensajero.

Como cada vez nos alejábamos más de la capital, el itinerario de los mensajeros aumentaba en consecuencia. Transcurridos cincuenta días de camino, el intervalo entre la llegada de un mensajero y la de otro comenzó a espaciarse de forma notable; mientras que antes veía volver al campamento uno cada cinco días, el intervalo se hizo de

veinticinco; de este modo, la voz de mi ciudad se hacía cada vez más débil; pasaban semanas enteras sin que tuviese ninguna noticia.

Pasados que fueron seis meses —habíamos atravesado ya los montes Fasanos—, el intervalo entre una llegada y otra aumentó a cuatro meses largos. Ahora me traían noticias lejanas; los sobres me llegaban arrugados, a veces con manchas de humedad a causa de las noches pasadas al raso de quien me los traía.

Seguimos avanzando. En vano intentaba persuadirme de que las nubes que pasaban por encima de mí eran iguales a aquellas de mi infancia, de que el cielo de la ciudad lejana no era diferente de la cúpula azul que pendía sobre mí, de que el aire era el mismo, igual el soplo del viento, idéntico el canto de los pájaros. Las nubes, el cielo, el aire, los vientos, los pájaros me parecían verdaderamente cosas nuevas y diferentes, y yo me sentía extranjero.

¡Adelante, adelante! Vagabundos que encontrábamos por las llanuras me decían que los confines no estaban lejos. Yo incitaba a mis hombres a no descansar, sofocaba las expresiones de desaliento que nacían en sus labios. Cuatro años habían pasado ya desde mi partida; qué esfuerzo más prolongado. La capital, mi casa, mi padre, se habían hecho extrañamente remotos, apenas me parecían reales. Veinte meses largos de silencio y de soledad transcurrían ahora entre las sucesivas comparencias de los mensajeros. Me traían curiosas cartas amarilleadas por el tiempo y en ellas encontraba nombres olvidados, formas de expresión insólitas para mí, sentimientos que no conseguía comprender. A la mañana siguiente, después de sólo una noche de descanso, cuando nosotros reanudábamos el camino, el mensajero partía en dirección opuesta, llevando a la ciudad las cartas que hacía tiempo yo había preparado.

Sin embargo, han pasado ocho años y medio. Esta noche, estaba cenando solo en mi tienda cuando ha entrado en ella Domingo, que, aunque agotado de cansando, aún conseguía sonreír. Hacía casi siete años que no lo veía. Durante todo este larguísimo período no ha hecho otra cosa que correr a través de prados, bosques y desiertos, cambiando quién sabe cuántas veces de cabalgadura para traerme ese mazo de sobres que todavía no he tenido ganas de abrir. Él se ha ido ya a dormir y volverá a marcharse mañana mismo al alba.

Volverá a marcharse por última vez. Con lápiz y papel he calculado que, si todo va bien, yo continuando el camino como he hecho hasta ahora y él haciendo el suyo, no podré volver a ver a Domingo hasta dentro de treinta y cuatro años. Para entonces yo tendré setenta y dos. Pero comienzo a sentirme cansado y es probable que la muerte se me lleve antes. Por tanto, no podré volver a verlo nunca más.

Dentro de treinta y cuatro años (antes más bien, mucho antes) Domingo vislumbrará de forma inesperada las hogueras de mi campamento y se preguntará cómo es que entre tanto he recorrido tan poco camino. Igual que esta noche, el buen mensajero entrará en mi tienda con las cartas amarilleadas por los años, llenas de absurdas noticias de un tiempo ya sepultado; sin embargo, al verme inmóvil, tendido sobre el lecho, con dos soldados flanqueándome con antorchas, muerto, se detendrá en el umbral.

¡Aun así, marcha, Domingo, y no me digas que soy cruel! Lleva mi último saludo a la ciudad donde nací. Tú eres el vínculo superviviente con el mundo que antaño fue también mío. Los últimos mensajes me han hecho saber que muchas cosas han cambiado, que mi padre ha muerto, que la corona ha pasado a mi hermano mayor, que me dan por perdido, que allí donde antes estaban los robles bajo los cuales solía ir a jugar han construido altos palacios de piedra. Pero sigue siendo mi vieja patria.

Tú eres el último vínculo con ellos, Domingo. El quinto mensajero, Escipión, que me alcanzará, si Dios quiere, dentro de un año y ocho meses, no podrá volver a marchar porque no le daría tiempo a volver. Después de ti, Domingo, el silencio, a no ser que

encuentre por fin los ansiados confines. Sin embargo, cuanto más avanzo, más me voy convenciendo de que no existe frontera.

No existe, sospecho, frontera, al menos en el sentido en que nosotros estamos acostumbrados a pensar. No hay murallas que separen ni valles que dividan ni montañas que cierren el paso. Probablemente cruzaré el límite sin advertirlo siquiera e, ignorante de ello, continuaré avanzando.

Por esta razón pretendo que, cuando me hayan alcanzado de nuevo, Escipión y los otros mensajeros que le siguen no partan ya hacia la capital, sino que marchen por delante, precediéndome, para que yo pueda saber con antelación aquello que me aguarda.

Desde hace un tiempo, se despierta en mí por las noches una agitación insólita, y no es ya la nostalgia por las alegrías abandonadas, como ocurría en los primeros tiempos del viaje; es más bien la impaciencia por conocer las tierras ignotas hacia las que me dirijo.

Día a día, a medida que avanzo hacia la incierta meta, voy notando —y hasta ahora a nadie se lo he confesado— cómo en el cielo resplandece una luz insólita como nunca se me ha aparecido ni siquiera en sueños, y cómo las plantas, los montes, los ríos que atravesamos, parecen hechos de una esencia diferente de aquella de nuestra tierra, y el aire trae presagios que no sé expresar.

Mañana por la mañana una esperanza nueva me arrastrará todavía más adelante, hacia esas montañas inexploradas que las sombras de la noche están ocultando. Una vez más levantaré el campamento mientras por la parte opuesta Domingo desaparece en el horizonte llevando a la ciudad remotísima mi inútil mensaje.

## *La capa*

Al cabo de una interminable espera, cuando la esperanza comenzaba ya a morir, Giovanni regresó a casa. Todavía no habían dado las dos, su madre estaba quitando la mesa, era un día gris de marzo y volaban las cornejas.

Apareció de improviso en el umbral y su madre gritó: «¡Ah, bendito seas!», corriendo a abrazarlo. También Anna y Pietro, sus dos hermanitos mucho más pequeños, se pusieron a gritar de alegría. Había llegado el momento esperado durante meses y meses, tan a menudo entrevisto en los dulces ensueños del alba, que debía traer la felicidad.

Él apenas dijo nada, teniendo ya suficiente trabajo con reprimir el llanto. Había dejado en seguida el pesado sable encima de una silla, en la cabeza llevaba aún el gorro de pelo. «Deja que te vea», decía entre lágrimas la madre retirándose un poco hacia atrás, «déjame ver lo guapo que estás. Pero qué pálido estás...»

Estaba realmente algo pálido, y como consumido. Se quitó el gorro, avanzó hasta la mitad de la habitación, se sentó. Qué cansado, qué cansado, incluso sonreír parecía que le costase.

—Pero quítate la capa, criatura —dijo la madre, y lo miraba como un prodigio, hasta el punto de sentirse amedrentada; qué alto, qué guapo, qué apuesto se había vuelto (si bien un poco en exceso pálido)—. Quítate la capa, tráela acá, ¿no notas el calor?

Él hizo un brusco movimiento de defensa, instintivo, apretando contra sí la capa, quizá por temor a que se la arrebataran.

—No, no, deja —respondió, evasivo—, mejor no, es igual, dentro de poco me tengo que ir...

—¿Irte? ¿Vuelves después de dos años y te quieres ir tan pronto? —dijo ella desolada al ver de pronto que volvía a empezar, después de tanta alegría, la eterna pena de las madres—. ¿Tanta prisa tienes? ¿Y no vas a comer nada?

—Ya he comido, madre —respondió el muchacho con una sonrisa amable, y miraba en torno, saboreando las amadas sombras—. Hemos parado en una hostería a unos kilómetros de aquí...

—Ah, ¿no has venido solo? ¿Y quién iba contigo? ¿Un compañero de regimiento? ¿El hijo de Mena, quizá?

—No, no, uno que me encontré por el camino. Está ahí afuera, esperando.

—¿Está esperando fuera? ¿Y por qué no lo has invitado a entrar? ¿Lo has dejado en medio del camino?

Se llegó a la ventana y más allá del huerto, más allá del cancel de madera, alcanzó a ver en el camino a una persona que caminaba arriba y abajo con lentitud; estaba embozada por entero y daba sensación de negro. Nació entonces en su ánimo, incomprensible, en medio de los torbellinos de la inmensa alegría, una pena misteriosa y aguda.

—Mejor no —respondió él, resuelto—. Para él sería una molestia, es un tipo raro.

—¿Y un vaso de vino? Un vaso de vino se lo podemos llevar, ¿no?

—Mejor no, madre. Es un tipo extravagante y es capaz de ponerse furioso.

—¿Pues quién es? ¿Por qué se te ha juntado? ¿Qué quiere de ti?

—Bien no lo conozco —dijo él lentamente y muy serio—. Lo encontré por el camino. Ha venido conmigo, eso es todo.

Parecía preferir hablar de otra cosa, parecía avergonzarse. Y la madre, para no contrariarlo, cambió inmediatamente de tema, pero ya se extinguía de su rostro amable la luz del principio.

—Escucha —dijo—, ¿te imaginas a Marietta cuando sepa que has vuelto? ¿Te imaginas qué saltos de alegría? ¿Es por ella por lo que tienes prisa por irte?

Él se limitó a sonreír, siempre con aquella expresión de aquel que querría estar contento pero no puede por algún secreto pesar.

La madre no alcanzaba a comprender: ¿por qué se estaba ahí sentado, como triste, igual que el lejano día de la partida? Ahora estaba de vuelta, con una vida nueva por delante, una infinidad de días disponibles sin cuidados, con innumerables noches hermosas, un rosario inagotable que se perdía más allá de las montañas, en la inmensidad de los años futuros. Se acabaron las noches de angustia, cuando en el horizonte brotaban resplandores de fuego y se podía pensar que también él estaba allí en medio, tendido inmóvil en tierra, con el pecho atravesado, entre los restos sangrientos. Por fin había vuelto, mayor, más guapo, y qué alegría para Marietta. Dentro de poco llegaría la primavera, se casarían en la iglesia un domingo por la mañana entre flores y repicar de campanas. ¿Por qué, entonces, estaba apagado y distraído, por qué no reía, por qué no contaba sus batallas? ¿Y la capa? ¿Por qué se la ceñía, tanto, con el calor que hacía en la casa? ¿Acaso porque el uniforme, debajo, estaba roto y embarrado? Pero con su madre, ¿cómo podía avergonzarse delante de su madre? He aquí que, cuando las penas parecían haber acabado, nacía de pronto una nueva inquietud.

Con el dulce rostro ligeramente ceñudo, lo miraba con fijeza y preocupación, atenta a no contrariarlo, a captar con rapidez todos sus deseos. ¿O acaso estaba enfermo? ¿O simplemente agotado a causa de los muchos trabajos? ¿Por qué no hablaba, por qué ni siquiera la miraba? Realmente el hijo no la miraba, parecía más bien evitar que sus miradas se encontraran, como si temiera algo. Y, mientras tanto, los dos hermanos pequeños lo contemplaban mudos, con una extraña vergüenza.

—Giovanni —murmuró ella sin poder contenerse más—. ¡Por fin estás aquí! ¡Por fin estás aquí! Espera un momento que te haga el café.

Corrió a la cocina. Y Giovanni se quedó con sus hermanos mucho más pequeños que él. Si se hubieran encontrado por la calle, ni siquiera se habrían reconocido, tal había sido el cambio en el espacio de dos años. Ahora se miraban recíprocamente en silencio, sin saber qué decirse, pero sonriéndose los tres de cuando en cuando, obedeciendo casi a un viejo pacto no olvidado.

Ya estaba de vuelta la madre y con ella el café humeante con un buen pedazo de pastel. Vació la taza de un trago, masticó el pastel con esfuerzo. «¿Qué pasa? ¿Ya no te gusta? ¡Antes te volvía loco!», habría querido decirle la madre, pero calló para no importunarlo.

—Giovanni —le propuso en cambio—, ¿y tu cuarto? ¿no quieres verlo? La cama es nueva, ¿sabes? He hecho encalar las paredes, hay una lámpara nueva, ven a verlo... pero ¿y la capa? ¿No te la quitas? ¿No tienes calor?

El soldado no le respondió, sino que se levantó de la silla y se encaminó a la estancia vecina. Sus gestos tenían una especie de pesada lentitud, como si no tuviera veinte años. La madre se adelantó corriendo para abrir los postigos (pero entró solamente una luz gris, carente de cualquier alegría).

—Está precioso —dijo él con débil entusiasmo cuando estuvo en el umbral, a la vista de los muebles nuevos, de los visillos immaculados, de las paredes blancas, todos ellos nuevos y limpios. Pero, al inclinarse la madre para arreglar la colcha de la cama, también flamante, posó él la mirada en sus frágiles hombros, una mirada de inefable tristeza que nadie, además, podía ver. Anna y Pietro, de hecho, estaban detrás de él, las caritas radiantes, esperando una gran escena de regocijo y sorpresa.

Sin embargo, nada. «Muy bonito. Gracias, sabes, madre», repitió, y eso fue todo. Movía los ojos con inquietud, como quien desea concluir un coloquio penoso. Pero

sobre todo miraba de cuando en cuando con evidente preocupación, a través de la ventana, el cancel de madera verde detrás del cual una figura andaba arriba y abajo lentamente.

—¿Te gusta, Giovanni? ¿Te gusta? —preguntó ella, impaciente por verlo feliz. «¡Oh, sí, está precioso!» respondió el hijo (pero ¿por qué se empeñaba en no quitarse la capa?) y continuaba sonriendo con muchísimo esfuerzo.

—Giovanni —le suplicó—. ¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa, Giovanni? Tú me ocultas algo, ¿por qué no me lo quieres decir?

Él se mordió los labios, parecía que tuviese algo atravesado en la garganta.

—Madre —respondió, pasado un instante, con voz opaca—, madre, ahora me tengo que ir.

—¿Que te tienes que ir? Pero vuelves en seguida, ¿no? Vas donde Marietta, ¿a que sí? Dime la verdad, ¿vas donde Marietta? —y trataba de bromear, aun sintiendo pena.

—No lo sé, madre —respondió él, siempre con aquel tono contenido y amargo; entre tanto, se encaminaba a la puerta y había recogido ya el gorro de pelo—, no lo sé, pero ahora me tengo que ir, ése está ahí esperándome.

—¿Pero vuelves luego?, ¿vuelves? Dentro de dos horas aquí, ¿verdad? Haré que vengan también el tío Giulio y la tía, figúrate qué alegría para ellos también, intenta llegar un poco antes de que comamos...

—Madre —repitió el hijo como si la conjurase a no decir nada más, a callar por caridad, a no aumentar la pena—. Ahora me tengo que ir, ahí está ése esperándome, ya ha tenido demasiada paciencia.— Y la miró fijamente...

Se acercó a la puerta, sus hermanos pequeños, todavía divertidos, se apretaron contra él y Pietro levantó una punta de la capa para saber cómo estaba vestido su hermano por debajo.

—¡Pietro! ¡Pietro! Estate quieto, ¿qué haces?, ¡déjalo en paz, Pietro! —gritó la madre temiendo que Giovanni se enfadase.

—¡No, no! —exclamó el soldado, advirtiendo el gesto del muchacho. Pero ya era tarde. Los dos faldones de paño azul se habían abierto un instante.

—¡Oh, Giovanni, vida mía!, ¿qué te han hecho? —tartamudeó la madre hundiendo el rostro entre las manos—. Giovanni, ¡esto es sangre!

—Tengo que irme, madre —repitió él por segunda vez con desesperada firmeza—. Ya lo he hecho esperar bastante. Hasta luego Anna, hasta luego Pietro, adiós madre.

Estaba ya en la puerta. Salió como llevado por el viento. Atravesó el huerto casi a la carrera, abrió el cancel, dos caballos partieron al galope bajo el cielo gris, no hacia el pueblo, no, sino a través de los prados, hacia el norte, en dirección a las montañas. Galopaban, galopaban.

Entonces la madre por fin comprendió; un vacío inmenso que nunca los siglos habrían bastado a colmar se abrió en su corazón. Comprendió la historia de la capa, la tristeza del hijo y sobre todo quién era el misterioso individuo que paseaba arriba y abajo por el camino esperando, quién era aquel siniestro personaje tan paciente. Tan misericordioso y paciente como para acompañar a Giovanni a su vieja casa (antes de llevárselo para siempre), a fin de que pudiera saludar a su madre; de esperar tantos minutos detrás del cancel, de pie, en medio del polvo, él, señor del mundo, como un pordiosero hambriento.

## ***El hundimiento de la Baliverna***

*Título original: «Il crollo della Baliverna».*

Dentro de una semana comienza el juicio por el hundimiento de la Baliverna. ¿Qué será de mi? ¿Vendrán a detenerme?

Tengo miedo. En vano me repito que nadie se presentará a declarar porque me tenga inquina, que el juez instructor no ha tenido siquiera la más mínima sospecha de mi responsabilidad; que, aunque me viera inculcado, sin duda me absolverían; que mi silencio no puede hacer daño a nadie; que, aun cuando me presentara espontáneamente para confesar, el acusado no se beneficiaría de ningún descargo. Nada de esto me consuela. Por lo demás, fallecido hace tres meses a causa de una enfermedad el comisario de cuentas Dogliotti, sobre quien pesaba la principal acusación, ahora sólo estará en el banquillo de los acusados el entonces asesor municipal de Asistencia. Pero se trata de una inculcación *pro forma*; ¿cómo se le podría condenar, en realidad, si había tomado posesión de su cargo apenas cinco días antes? Si acaso, podría considerarse responsable al asesor precedente, pero éste había fallecido el mes anterior. Y la venganza de la ley no penetra en la oscuridad de las tumbas.

Aunque han pasado ya dos años del espantoso suceso, todo el mundo guarda de él un vivo recuerdo. La Baliverna era un enorme y más bien lúgubre edificio de ladrillo construido extramuros en el siglo XVII por los hermanos de San Celso. Desaparecida esta orden, en el XIX la construcción sirvió de cuartel y antes de la guerra seguía perteneciendo aún a la administración militar. Abandonado posteriormente, se había instalado en él, con la tácita aquiescencia de las autoridades, una muchedumbre de refugiados y de pobre gente que había perdido su hogar a causa de las bombas, vagabundos, pordioseros, gente que se había quedado sin nada, e incluso una pequeña comunidad de gitanos. Sólo con el tiempo el Municipio, al entrar en posesión del inmueble, había impuesto allí cierto orden, censando a los inquilinos, organizando los servicios indispensables y alejando a los individuos conflictivos. Pese a todo, la Baliverna, a causa también de diversos atracos habidos en la zona, tenía mala fama. Decir que era un cueva de ladrones sería una exageración. Pero no había nadie que pasara de buena *gana* de noche por sus alrededores.

Aunque en su origen la Baliverna surgió en pleno campo, con los siglos los suburbios de la ciudad prácticamente habían llegado hasta ella. Sin embargo, no había otras casas en su inmediata vecindad. Desolado y torvo, el cuartelón dominaba el terraplén del ferrocarril, los prados incultos y las miserables barracas de chapa, moradas de mendigos, esparcidas entre los cascotes y los desperdicios. Recordaba al mismo tiempo una prisión, un hospital y una fortaleza. De planta rectangular, medía alrededor de ochenta metros de largo por la mitad de ancho. En su interior, un vasto patio sin porticar.

Allí acompañaba yo a menudo los sábados o domingos por la tarde a mi cuñado Giuseppe, entomólogo, que encontraba en aquellos prados muchos insectos. Era un pretexto como otro cualquiera para que me diera un poco de aire y tener compañía.

Debo decir que el estado del sombrío edificio me había llamado la atención desde la primera vez que lo vi. El mismo color de los ladrillos, los numerosos ventanucos abiertos en sus muros, sus remiendos, ciertas vigas dispuestas como puntales, daban a conocer su decrepitud. Y especialmente impresionante era su muro posterior, uniforme y desnudo, que no tenía más que unas pocas, irregulares y pequeñas aberturas más parecidas a aspilleras que a ventanas; por eso parecía mucho más alta que la fachada, a



la que aligeraban galerías y ventanales. «¿No te parece que el muro se inclina un poco hacia fuera?», recuerdo que pregunté un día a mi cuñado. Él rió: «Esperemos que no. Pero es impresión tuya. Los muros altos siempre dan esa sensación».

Un sábado de julio nos hallábamos allí en una de estas excursiones. Mi cuñado se había llevado a sus dos hijas, todavía unas niñas, y a un colega suyo de la universidad, el profesor Scavezzi, también zoólogo, un tipo de unos cuarenta años, pálido y blando, que nunca me había resultado simpático por sus maneras jesuíticas y los humos que se daba. Mi cuñado decía de él que era un pozo de ciencia, además de una bellísima persona. A mí, sin embargo, me parece un imbécil: de otro modo no mostraría hacia mí esa suficiencia, y todo porque él es científico y yo sastre.

Llegados a la Baliverna, nos pusimos a rodear el muro posterior que ya he descrito. Se extiende allí una amplia superficie de terreno polvoriento donde los chavales solían jugar al fútbol. De hecho, en cada extremo había plantados unos palos para señalar las dos porterías. Aquel día, sin embargo, no había chavales. En su lugar, había varias mujeres con niños que tomaban el sol en el borde del campo, a lo largo del escalón herboso en que muere la gravilla de la carretera.

Era la hora de la siesta y del interior del falansterio no llegaban más que algunas voces aisladas. Sin ninguna brillantez, un sol perezoso golpeaba el oscuro murallón; de las ventanas salían palos cargados de ropa tendida a secar, la cual colgaba como muertas banderas absolutamente inmóviles; no corría, de hecho, ni un soplo de viento.

Mientras los otros estaban absortos buscando insectos, a mí, viejo aficionado al alpinismo, me entraron ganas de probar a escalar por el destartado muro: los agujeros, los bordes salientes de algunos ladrillos, viejos hierros empotrados aquí y allá en las fisuras, ofrecían asideros adecuados. No tenía la menor intención de subir hasta arriba del todo. No era más que por el gusto de estirarme, de ejercitar los músculos. Un deseo, si se quiere, algo pueril.

Sin dificultad, me elevé un par de metros a lo largo de la pilastra de un portón ahora tapiado. Llegado a la altura del arquitrabe, extendí la mano derecha hacia un abanico de herrumbrosos barrotes de hierro con forma de lanza que cerraba el luneto (en aquella cavidad quizá hubiera habido antiguamente la imagen de algún santo).

Una vez bien aferrada la punta de una lanza, quise izar me a pulso, pero ésta cedió, rompiéndose en pedazos. Por suerte, no me hallaba más que a un par de metros del suelo. Intenté, si bien en vano, sujetarme con la otra mano. Perdido el equilibrio, salté hacia atrás y caí de pie sin ninguna otra consecuencia que un fuerte golpe. El barrote de hierro, desmenuzado, me siguió.

Prácticamente al mismo tiempo, detrás del barrote de hierro se desprendió otro, más largo, que ascendía verticalmente del centro del abanico hasta una especie de ménsula que estaba encima. Debía de tratarse de una especie de puntal colocado allí con fines de refuerzo. Privada así de su sostén, también la ménsula —imaginad una lámina de piedra larga como tres ladrillos— cedió, si bien no llegó a caer; quedó allí inclinada, medio colgada en el vacío.

No terminó aquí, no obstante, el estropicio que provoqué de forma involuntaria. La ménsula sostenía un viejo palo de cerca de metro y medio de alto que a su vez contribuía a soportar una especie de balcón (sólo entonces se me revelaban todos estos desperfectos que a primera vista se perdían en la extensión del muro). Este palo no estaba más que encajado entre los dos salientes, no fijado al muro. Con la ménsula fuera de su sitio, al cabo de dos o tres segundos el palo se venció hacia fuera y yo apenas tuve tiempo de saltar hacia atrás para evitar que me diera en la cabeza. Se estrelló en el suelo con un ruido sordo.

¿Había acabado todo? Por si acaso, me alejé del muro hacia el grupo de mis compañeros, distante una treintena de metros. Estos se hallaban de pie, vueltos los cuatro hacia mí. Con todo, no me miraban. Con una expresión que nunca olvidaré, tenían la vista lavada en el muro, muy por encima de mi cabeza. Y de repente mi cuñado gritó: «¡Dios mío, mira! ¡Mira!».

Yo me volví. Por encima del balconcillo, pero más a la derecha, el murallón, en aquel punto compacto y regular, se hinchaba. Imaginad un trozo de tela extendido detrás del cual empuja una punta. Al principio de todo hubo un leve temblor que serpenteó por la pared; luego apareció una gibosidad larga y sutil; luego los ladrillos se separaron, abriendo sus estropeadas dentaduras; y, entre regueros de polvorientos desprendimientos, se abrió una grieta tenebrosa.

¿Duró unos minutos o unos instantes? No sabría decirlo. En aquel momento — llamadme loco—, de la profunda cavidad del edificio salió un estruendo triste,

semejante a un son de trompeta bastarda. Y por todos los alrededores en una gran extensión se oyó un prolongado aullar de perros.

En este punto mis recuerdos se agolpan: yo, corriendo a más no poder para tratar de alcanzar a mis compañeros ya lejanos; las mujeres del borde del campo, en pie de un salto, chillando, una de ellas revolcándose por el suelo; la figura de una muchacha medio desnuda asomándose, movida por la curiosidad, por uno de los ventanucos más altos mientras debajo de ella se abría ya de par en par el abismo; y, por una décima de segundo, la visión alucinante del muro viniéndose abajo en el vacío. Entonces, detrás de los jirones de la cumbre, también la entera masa que se hallaba detrás, más allá del patio, se movió lentamente, arrastrada por la fuerza irresistible de la ruina.

Siguió un trueno aterrador, como cuando centenares de Liberator descargaban sus bombas al mismo tiempo. Y mientras se expandía velocísima una nube de polvo amarillenta que ocultó aquella inmensa tumba, la tierra tembló.

Me veo luego de camino hacia casa, ansioso de alejarme del lugar funesto, con la gente, a la cual había llegado la noticia con velocidad asombrosa, mirándome horrorizada, quizá por mi ropa llena de polvo. Pero lo que no olvido de ningún modo son las miradas cargadas de espanto y de piedad de mi cuñado y de sus dos hijas. Mudos, me miraban como se mira a un condenado a muerte (¿o era pura sugestión mía?).

Una vez en casa, cuando supieron lo que había visto, no se asombraron de que estuviera trastornado, ni de que durante algunos días permaneciese encerrado en mi cuarto sin hablar con nadie, negándome incluso a leer los periódicos (entreví sólo uno, en las manos de mi hermano que había entrado a interesarse por mí; en primera plana había una fotografía enorme con una hilera interminable de furgones negros).

¿Había provocado yo la hecatombe? ¿Acaso la rotura del barrote de hierro había propagado, por una monstruosa progresión de causas a efectos, la ruina a toda la mastodóntica edificación? ¿O quizá sus primeros constructores habían dispuesto con diabólica maldad un secreto juego de masas en equilibrio por el cual bastaba mover aquel insignificante barrote para que todo se viniera abajo? ¿Y mi cuñado, o sus hijas, o Scavezzi? ¿Habían reparado en lo que yo había hecho? Y, suponiendo que no fuera así, ¿por qué desde entonces Giuseppe parece evitarme? ¿O acaso soy yo mismo el que, por temor a traicionarme, he maniobrado de forma inconsciente para verlo lo menos posible?

Por otro lado, ¿acaso no resulta inquietante la insistencia del profesor Scavezzi en frecuentarme? Pese a su modesta situación económica, desde entonces se ha mandado hacer en mi sastrería una decena de trajes. Siempre que viene a probarse luce su sonrisita hipócrita y no cesa de observarme. Es, además, puntilloso hasta la exasperación; aquí hay una arruguita que no tiene por qué estar, allí una espalda que no cae bien, o los botones de las mangas, o la longitud de las solapas, siempre hay algo que arreglar. Para cada traje son seis o siete pruebas. Y de cuando en cuando me pregunta: “¿Recuerda aquel día?”. «¿Qué día?», replico yo. «¡Pues el día de la Baliverna!» Parece que guiñe los ojos con astutos sobreentendidos. Yo digo: «¿Cómo podría olvidarlo?». El meneo la cabeza: «Claro... ¿cómo podría?».

Naturalmente, yo le hago descuentos extraordinarios, acabo incluso perdiendo dinero. Pero él aparenta no darse cuenta de nada. «Desde luego», dice, «usted es caro, pero vale la pena, lo confieso». Y yo entonces me pregunto: ¿es un idiota, o se divierte con estas pequeñas y viles extorsiones?

Si. Es posible que sólo él me viera en el acto de romper el fatal barrote de hierro. Quizá lo ha entendido todo, podría denunciarme, desatar contra mí el odio de la gente. Pero es taimado y no habla. Viene a encargarse un traje nuevo, no me pierde de vista,

saborea por anticipado la satisfacción de dejarme suspenso cuando menos me lo espero. Yo soy el ratón y él el gato. Juguetea conmigo y al final, de improviso, me soltará el zarpazo. Y aguarda el juicio, disponiéndose a dar un golpe de efecto. En el momento más oportuno se pondrá de pie. «Yo soy el único que sabe quién provocó el hundimiento», gritará, “yo lo vi con mis propios ojos».

Hoy ha venido otra vez para probarse un temo de franela. Más melifluido que de costumbre. «¡Esto da ya las boqueadas!» «¿A qué se refiere?» «Que a qué me refiero? ¡Al juicio! ¡En la ciudad no se habla de otra cosa! Cualquiera diría que vive usted en las nubes, je, je.» «¿Habla usted del hundimiento de la Baliverna?» «Eso es, de la Baliverna... Je, je, ¿quién sabe si no saldrá al final el verdadero culpable?»

Luego se va, saludándome con exageradas ceremonias. Lo acompaño hasta la puerta. Espero a que haya bajado un tramo entero de escaleras para cerrar. Se ha ido. Silencio. Tengo miedo.

## ¿Y si?

Él era el Dictador y, pocos minutos antes había finalizado en la Sala del Supremo Konzern, el informe del Congreso Universal de las Hermandades, al término del cual, la moción de sus adversarios fue desestimada por aplastante mayoría; por lo cual, Él era el Personaje más Poderoso del País Y Todo Aquello Que Se Refería A Él En Adelante Se Escribiría O Diría Con Mayúsculas; Esto Por El Tributo De Honor.

Había llegado, pues, a la meta final de la vida y no podía ya desear nada más. ¡A los cuarenta y cinco años, el Dominio de la Tierra! ¡Y no lo había conseguido con la violencia, según es uso y costumbre, sino con el trabajo, la fidelidad, la austeridad, el sacrificio de los esparcimientos, de las carcajadas, de los goces físicos y de las sirenas mundanas. Estaba pálido y llevaba gafas; sin embargo nadie estaba por encima de él. Asimismo, se sentía un poco cansado. Pero feliz.

Una salvaje felicidad, tan intensa que casi resultaba dolorosa, le invadía hasta lo más profundo del alma, mientras recorría a pie, democráticamente, las calles de la ciudad, meditando sobre su propio éxito.

Él era el Gran Músico que poco antes había oído en el Teatro Imperial de la Opera las notas de su obra maestra levitar y expandirse en el corazón del público anhelante, conquistando el triunfo; y en los oídos le resonaban todavía las grandes cataratas de los aplausos puntuadas de alaridos delirantes, como jamás los había oído, ni para los demás ni para sí; en esos aplausos había éxtasis, llanto, entrega.

Él era el Gran Cirujano que, una hora antes, ante un cuerpo humano ya absorbido por las tinieblas, en medio del espanto de los ayudantes que le tomaron por loco, se había atrevido a aquello que nadie había podido nunca ni siquiera imaginar, haciendo surgir con sus mágicas manos la lucecita superviviente de las profundidades incognoscibles del cerebro, allá donde la última partícula de vida había anidado como el gozque moribundo que se arrastra a la soledad del bosque para que nadie asista a su deshonrosa humillación final. Y él había liberado aquella microscópica llamita de la pesadilla, casi recreándola, hasta el punto de que el difunto había vuelto a abrir los ojos, y sonreído.

Él era el Gran Banquero recién salido de una catastrófica tenaza de maniobras que debían triturarle y, en cambio, su golpe de genio las había revuelto súbitamente contra los enemigos, derribándoles. Por lo que, en el frenético crescendo de los teléfonos enloquecidos, de las calculadoras y de los teletipos electrónicos, su masa crediticia se había agigantado de una capital a la otra como un nubarrón de oro; sobre el cual, ahora, se alzaba victorioso.

Él era el Gran Científico que, en un impulso de inspiración divina, en la mísera estrechez de su estudio, había intuido poco antes la sublime potencia de la fórmula definitiva; razón por la cual, los gigantescos esfuerzos mentales de centenares de sabios colegas esparcidos por el mundo se tornaban de golpe, comparativamente, en ridículos e insensatos balbuceos; y, por lo tanto, él saboreaba la beatitud espiritual de tener en su mano la última Verdad, como a una dulce e irresistible criatura que le pertenecía.

Él era el Generalísimo que, rodeado de ejércitos superiores, había transformado, con astucia y mando, su menoscabado y tambaleante ejército en una horda de titanes desencadenados; y el cerco de hierro y de fuego que le sofocaba se había resquebrajado en pocas horas, y las formaciones enemigas se habían deshecho en aterrorizados jirones.

Él era el Gran Industrial, el Gran Explorador, el Gran Poeta, el hombre que ha vencido definitivamente, tras larguísimos años de trabajo, de oscuridad, de economías,

de interminables fatigas, y cuyas huellas, ay de mí, están impresas indeleblemente en el cansado rostro, por lo demás exultante y luminoso.

Era una estupenda mañana de sol, era un crepúsculo tempestuoso, era una tibia noche de luna, era una gélida tarde de tormenta, era un alba purísima de cristal, era sólo la hora extraña y maravillosa de la victoria que pocos hombres conocen. Y él caminaba extraviado en aquella indecible exaltación, mientras los palacios se extendían en torno con formas apropiadas, con la evidente intención de honrarle. Si no se doblaban en ademán de reverencia, era sólo porque estaban hechos de piedras, hierro, cemento y ladrillos; de allí su rigidez. Y también las nubes del cielo, beatos fantasmas, se disponían en círculo, en fajas superpuestas, formando una especie de corona.

Pero entonces —él estaba atravesando los jardines del Almirantazgo—, sus ojos, por casualidad, de soslayo, se posaron sobre una joven mujer.

En aquel punto, lateralmente, se extendía, realizada, una especie de terraza, circundada por una balaustrada de hierro forjado. La muchacha estaba acodada en la balaustrada y miraba distraídamente hacia abajo.

Tendría unos veinte años, era pálida, y entreabría perezosamente los labios en expresión de rendida y muelle apatía. Su negrísimo pelo, peinado hacia arriba formando un ancho moño —ala de cuervo jovencito— sombreaba la frente. También ella aparecía como difusa por causa de una nube. Era bellísima.

Llevaba un sencillo pulóver de color gris y una falda negra muy ceñida en el talle. Apoyado el peso del cuerpo en la balaustrada, las caderas desbordaban libremente al sesgo, en actitud felina. Podía ser una estudiante de la bohemia de vanguardia, uno de esos tipos que logran hacer una elegancia casi ofensiva de la extralimitación y de la impertinencia. Llevaba grandes gafas azules. En la palidez del rostro, le impresionó el rojo crudo de los labios, suavemente relajados.

De abajo arriba —pero fue una fracción infinitesimal de segundo—, vislumbró, a través de la reja de la balaustrada, aquellas piernas femeninas, no demasiado, porque los pies estaban tapados por los bordes de la terraza y la falda era más bien larga. Sin embargo, sus ojos percibieron la silueta proterva de las pantorrillas que, desde los finos tobillos, se ensanchaban en esa progresión carnal que todos conocemos, oculta en seguida por el borde de la falda. A pleno sol, el pelo rojizo llameó. Podía ser una buena hija de familia, podía ser una mujer de teatro, podía ser una pobre tunanta. ¿O acaso una chica perdida?

Cuando pasó frente a ella, la distancia sería de dos metros y medio a tres. Fue sólo un instante, pero pudo verla muy bien.

No por interés, sino sin duda más bien por indiferencia suprema —por no cuidar ella, entregada al aburrimiento, de controlar siquiera las miradas—, la chica le miró.

Tras haberla atisbado fugazmente, él desvió los ojos al frente, por decoro, tanto más cuanto que el secretario y otros dos acólitos le seguían. Pero no supo resistirse y, con la mayor rapidez posible, volvió de nuevo la cabeza para verla.

La chica le miró de nuevo. A él incluso le pareció —pero debía tratarse de una sugestión— que los exangües y voluptuosos labios se estremecían, como quien se dispone a hablar.

Basta. Por pura decencia, no podía arriesgarse más. Ya no volvería a verla. Bajo la lluvia torrencial, cuidó de no meter los pies en los charcos del suelo. Le pareció percibir un vago calor en la nuca, como si un hálito le rozase. Quizás, quizás, ella le seguía mirando.

Apresuró el paso.

Pero en aquel preciso instante se percató de que algo le faltaba. Una cosa esencial, importantísima. Jadeó. Se dio cuenta con espanto de que la felicidad de antes, aquella

sensación de saciedad y de victoria, había cesado de existir. Su cuerpo era un triste peso, y numerosas molestias le aguardaban.

—¿Por qué? ¿Qué había pasado? ¿Acaso no era él el Dominador, el Gran Artista, el Genio? ¿Por qué ya no lograba ser feliz?

Caminaba. Ahora, el jardín del Almirantazgo se encontraba a sus espaldas. Quién sabe dónde estaría la chica a estas horas.

¡Qué absurdo, qué estupidez! Por haber visto a una mujer. ¿Enamorado? ¿Así, de golpe? No, ésas no eran cosas para él. Una chica desconocida, quizás incluso de poca calidad. Y, sin embargo...

Y, sin embargo, allí donde pocos instantes antes vibraba un contento desenfrenado, ahora se extendía un árido desierto.

Ya no volvería a verla. Nunca sabría quién era. No hablaría jamás con ella. Ni con ella ni con las semejantes a ella. Envejecería sin siquiera dirigirles la palabra. Envejecido en medio de la gloria, sí, pero sin aquella boca, sin aquellos ojos de lacerante apatía, sin aquel cuerpo misterioso.

¿Y si él, sin saberlo, lo hubiese hecho todo por ella? ¿Por ella y las mujeres como ella, las desconocidas, las peligrosas criaturas que jamás había tocado? ¿Y si los años eternos de clausura, de fatigas, de rigor, de pobreza, de disciplina, de renunciaciones, hubiesen tenido sólo aquel objeto; si en lo profundo de sus desnudas maceraciones hubiese estado al acecho aquel tremendo deseo? ¿Si detrás del afán de celebridad y de poder, bajo estas miserables apariencias, le hubiese impelido tan sólo el amor?

Pero él nunca había comprendido algo como esto, ni lo había sospechado, ni siquiera en broma. Sólo pensarlo le habría parecido una escandalosa locura.

Por ello, los años habían pasado inútilmente. Y hoy, ya era demasiado tarde.

## *Extraños nuevos amigos*

Cuando murió Stefano Martella, director de una sociedad de seguros y que había pasado una temporada en la superficie de la tierra pecando, trabajando y viviendo su partitura por casi cincuenta años, se encontró en una ciudad maravillosa hecha de palacios suntuosos, calles amplias y regulares, jardines, prósperos negocios, lujosos automóviles, cines y teatros, gente bien alimentada y elegante, sol brillante, todo bellísimo. Caminaba plácidamente por una avenida al lado de un señor muy cortés que le daba explicaciones mostrándole la ciudad.

“Lo sabía —pensaba— no podía ser de otra manera. He trabajado toda mi vida, he mantenido a mi familia, he dejado a mis hijos una herencia respetable. En síntesis, he cumplido con mi deber; por eso estoy en el paraíso.”

El señor que lo acompañaba se presentó con el nombre de Francesco y le dijo que se encontraba ahí desde hacía diez años. “¿Contento?”, le preguntó Martella con una sonrisa de complicidad, como si la pregunta fuera ridículamente superflua. Francesco lo miró fijamente: “¿Cómo negarlo?” Los dos rieron.

¿Acaso Francesco era funcionario del municipio o lo hacía por mera cortesía? Condujo a Martella de una calle a otra, de maravilla en maravilla. Todo era perfecto, ordenado, limpio, sin ruido y sin malos olores. Caminaron largamente sin que Martella, que era bastante corpulento, sintiera ningún cansancio.

En una esquina estaba estacionado un vehículo de lujo con un chofer de librea que esperaba. “Es de usted”, dijo Francesco e invitó a Martella a subir. Dieron un largo paseo. El invitado miraba a la gente en las calles, hombres y mujeres de diferentes edades y de variada condición social, pero todos bien vestidos y de aspecto floreciente. Todos tenían buena expresión; sin embargo, en sus rostros se advertía una especie de fijeza, de aburrimiento secreto.

“Por supuesto —se dijo Martella— no pueden estar riendo de felicidad todo el día.”

Se estacionaron en uno de los palacios más bellos. “Es su casa”, dijo Francesco, invitándolo a entrar. La casa que había tenido Martella en el mundo era una pocilga comparada con esto.

Como en los cuentos de hadas, había de todo: salones, estudio, biblioteca, sala de billar y una serie de comodidades que es inútil enumerar; jardín, naturalmente, con cancha de tenis, pista para correr, alberca y un lago con peces. Y por todas partes servidores que esperaban órdenes.

Subieron en el elevador al último piso. Ahí se encontraba, entre otras cosas, un encantador salón de música con un inmenso vitral por donde escapaba la mirada.

Martella reía maravillado. Por más que forzase la vista, no alcanzaba a ver el límite de la ciudad: terrazas, cúpulas, rascacielos, torres, pináculos, banderas al viento y, una vez más, terrazas, cúpulas, pináculos, torres, banderas, siempre más y más lejanas que parecerían no tener fin. Pero había otra cosa: no se veía ningún campanario. Entonces Martella preguntó: “¿Y las iglesias, qué no hay iglesias aquí?” “¡Bah!” respondió Francesco y pareció sorprendido por la ingenuidad. “Aquí no parecen necesarias, ¿no es verdad?”

“¿Y Dios?”, preguntó Martella (en su corazón no le importaba en lo absoluto, pero le parecía necesario, sólo por cortesía, preguntar por el anfitrión, por el señor de aquel reino). “¿Y Dios? Recuerdo que cuando era pequeño, en el catecismo decían que en el paraíso uno puede ver a Dios. ¿No se puede ver desde aquí arriba?”

Francesco rio, en un tono un poco burlón, para ser sinceros. “Hey, querido Martella, perdóneme si se lo digo, pero me parece que usted es demasiado pretencioso.” (Pero



¿porqué se reía de aquel modo tan antipático?)É”Cada uno tiene el paraíso que se merece; por supuesto, conforme a su propia naturaleza. ¿Por qué se interesa ahora por Dios, si jamás creyó en él?”

Martella no insistió; después de todo ¿qué le importaba?

Visitaron, no todo el palacio que era enorme, sino los sitios principales: el conjunto prometía una estancia beatífica. Después, Francesco le propuso ir al Círculo: ahí, Martella podría conocer a un grupo de sus amigos más entrañables. Mientras salían, el ex director de seguros, con curiosidad no exenta de astucia, susurró a su guía: “¿Y las damiselas? ¿No hay jóvenes damiselas?” (No porque en la calle no las hubiera visto: una más bella que la otra; pero quería saber si él, a su edad, sin poner en juego su prestigio, hubiera podido etcétera, etcétera) “¿Qué pregunta”, dijo Francesco con aquel tono burlón.

“¿Usted cree que falten, justo aquí en el paraíso?”

En el Círculo, una residencia digna de un monarca, siete u ocho señores de conspicua altura social se reunieron en torno a Martella con la cordialidad de los viejos amigos. Tuvo la impresión de reconocer a dos; tuvo incluso la vaga sospecha de que habían sido colegas, rivales suyos, a quienes quizá les había hecho alguna mala jugada. Pero no estaba seguro. Al resto no lo reconoció. “¡Hete aquí también tú!”, dijo el más viejo de aquellos señores, de cabellos blancos, y que lo contemplaba dignamente ávido: “¿Contento?, ¿contento?” “Forzosamente contento”, respondió Martella, atrapando al vuelo un aperitivo que le ofrecieron.

“¿Por qué dices `forzosamente’? —intervino otro, flaco, sobre la treintena, con un rostro parecido al de Voltaire, con un gesto en los labios un poco irónico y amargo— ¿crees que es obligatorio estar contento?”

“Te suplico que no empieces con tus necedades, te lo ruego”, le dijo el viejo de pelo blanco, como si esas palabras lo hubieran molestado. “Por mi parte, digo que es prácticamente obligatorio. Todo aquello que nos hacía sufrir allá... —hizo un gesto extraño que Martella no había visto jamás, evidentemente un gesto convencional y bastante común en el más allá para indicar la primera existencia— Étodo aquello que nos hacía sufrir allá, ahora ha desaparecido.”

“¿Todo, absolutamente todo? ¿Incluyendo a los que no nos caían bien?”, preguntó Martella para hacerse el gracioso.

“Eso espero”, dijo el viejo de cabellos blancos.

“¿Y enfermedades?, ¿no hay siquiera resfriados?”

“¿Enfermedades? ¿Entonces para qué se estaría en el paraíso?” Y acentuó esta última palabra como si la despreciase.

“Tranquilízate —confirmó el flaco fijando la mirada en su nuevo compañero— es inútil esperar enfermedades. No vendrán.”

“¿Y qué te hace pensar que las espero? Ya he tenido bastantes, yo diría”, contestó Martella complacido de que le hubiese salido, espontáneamente, una gracejada.

“Nunca se sabe, nunca se sabe”, insistió el flaco. No se entendía si estaba bromeando o no. “No espere estar algún día en la cama con fiebre... o tener dolor de muelas... Ni siquiera un retortijón. ¡Ni siquiera un vulgar retortijón le será concedido!”

“Pero ¿por qué le hablas así? ¡Como si fuera una desgracia!”, exclamó el viejo, dirigiéndose al recién llegado. “No se preocupe. ¿Sabe?, él se divierte haciendo bromas.”

“Sí, ya me di cuenta”, dijo Martella con forzada desenvoltura, porque en realidad se sentía bastante incómodo. “Entonces, aquí no existe el dolor.”

“No existe el dolor, querido mío —confirmó el señor de cabello blanco— por lo tanto no existen hospitales, ni manicomios, ni asilos.”

“¡Precisamente! —aprobó el flaco—, ¡vamos, explícale todo bien!”

“Exacto —continuó el viejo señor—, “nosotros no tenemos dolores. Y por lo tanto nadie tiene miedo. ¿De qué cosa temeríamos? Ya verás que nunca vas a volver a sentir el corazón desbocado.”

“¿Ni cuando tenga sueños desagradables? ¿Ni cuando tenga pesadillas?”

“¿Y por qué crees que vas a tener pesadillas? No creo que siquiera vayas a soñar. Desde que estoy aquí no recuerdo haber soñado una sola vez.”

“¿Y tienen deseos? Me imagino que tienen deseos...”

“¿Deseos de qué? Lo tenemos todo. ¿Qué más podemos desear? ¿Qué nos hace falta?”

“¿Y las así llamadas... penas de amor?”

“Tampoco eso, naturalmente. Ni deseos, ni amores, ni arrebatos, ni odios, ni guerras. Aquí todo es absolutamente tranquilo.”

En ese momento, el flaco se levantó con una expresión dura en el rostro. “Ni siquiera lo pienses —dijo a Martella con ímpetu—, clávate en la mente. Aquí todos somos felices, ¿entiendes? Nada te va a costar trabajo. Nunca te sentirás cansado, no tendrás sed, nunca te dolerá el corazón a la vista de una mujer, nunca recibirás la luz del amanecer como una liberación, revolcándote en tu cama. Aquí no tenemos ni nostalgias, ni remordimientos, nada nos da miedo, ¡no tenemos miedo ni del infierno! Somos felices, como puedes darte cuenta.” (Aquí hizo una pausa, como si se le atravesase un pensamiento desagradable.) “Y además... además, especialmente una cosa, entre nosotros no existe la muerte, ¿entiendes? Ya no tenemos la facultad de morir.”

“Qué maravilla, ¿verdad? Estamos de-fi-ni-ti-va-men-te (remarcando las sílabas), definitivamente exonerados. Aquí pasa lentamente el tiempo, hoy es igual a ayer, mañana igual a hoy, nada malo nos puede suceder —la voz se hizo lenta y grave. ¿Te acuerdas cuánto odiábamos a la muerte? ¡Cómo nos amargaba la vida! Y los cementerios, ¿te acuerdas? Y los cipreses. Y las luces en la noche, y los fantasmas, los fantasmas con cadenas que salían de sus tumbas... Y el pensamiento sobre el más allá, las discusiones que se hacían a ese respecto, aquel misterio, ¿te acuerdas? ¿Quién se acuerda de eso ahora?... Aquí todo es diferente; aquí somos libres finalmente, no hay nadie que nos espere a la puerta. Qué satisfacción, ¿no es verdad? ¡Qué maravillosa alegoría!”

El viejo señor, que había escuchado el discurso con creciente aprensión, intervino duramente: “¡Ya basta! ¡Ya basta! ¿Cómo es posible que pierdas así el control?”

“¿El control? Y ¿qué me importa? ¿Y por qué no tendría que saberlo él? —exclamó el flaco, bufando, dirigiéndose otra vez a Martella—: Has venido tú también a marchitarte, ¿qué no lo entiendes? A miles de gentes les pasa lo mismo que a ti, ¿sabías? ¡Y encuentran su automóvil, castillos, teatros, mujeres, paseos, y no tienen enfermedades, ni amores, ni ansia, ni miedo, ni remordimientos, ni deseos, ni nada!”

Era demasiado. Sin escándalo pero con una extrema firmeza, tres de los presentes, entre ellos el viejo de cabellos blancos, cogieron al flaco por los brazos, llevándolo por la fuerza hacia la salida, como convenía a un pacto imperioso del cual dependía la existencia común. Por otra parte, la prontitud de la intervención denotaba que no era una novedad. Escenas del mismo género seguramente habían sucedido muchas veces.

El flaco fue expulsado por la puerta y después por la escalera hacia el jardín, pero continuó gritando, siempre dirigiéndose a Martella: “¡Conserva tu palacio, los jardines, las joyas, diviértete si eres capaz. ¿Qué no te das cuenta que hemos perdido todo? No has entendido que...” Aquí las palabras fueron sofocadas, como si le hubieran puesto una mordaza. La frase terminó en un murmullo informe que Martella no pudo descifrar.

Ya no importaba, después de todo. Una voz sutil, extremadamente precisa murmuró: “Estamos en el infierno.”

“¿El infierno? ¿Con esos palacios, esas flores y tantas criaturas agraciadas? ¿Esto, el infierno? ¡Qué absurdo!” Sin embargo, Stefano Martella miraba extraviado en torno suyo, sintiendo que se le desbordaba el corazón. Miraba invocando algo que lo desmintiera. Pero a su alrededor se encontraban seis o siete rostros impecables, con la piel lisa y bien alimentada. Rostros misteriosos que lo miraban con los labios cerrados y regularmente regocijados. Un sirviente se acercó para ofrécele otra copa. Martella tomó un sorbo con disgusto; se sentía horriblemente solo, abandonado por la humanidad; lentamente se repuso, miró a la cara a sus queridos amigos, uniéndose a la desesperada conjura. Y todos juntos, con un enorme cansancio, trataron de sonreír.

## *Algo había sucedido*

El tren había recorrido tan solo unos pocos kilómetros (y el camino era largo antes de llegar a la estación de destino tras un viaje de casi diez horas) cuando por la ventanilla vi, en un paso a nivel, a una muchacha. Fue casualidad, podía haber mirado tantas otras cosas y en cambio mi mirada recayó sobre ella, que no era hermosa ni tenía nada de extraordinario. ¡Quién sabe por qué había reparado en ella! Era evidente que estaba apoyada en la barrera para disfrutar de la vista de nuestro tren, superdirecto, expreso al norte, símbolo —para aquella gente inculta— de vida fácil, aventureros, espléndidas valijas de cuero, celebridades, estrellas cinematográficas... Una vez al día este maravilloso espectáculo y absolutamente gratuito, por añadidura.

Pero cuando el tren pasó frente a la muchacha, en vez de mirar en nuestra dirección se dio vuelta para atender a un hombre que llegaba corriendo y le gritaba algo que nosotros, naturalmente, no pudimos oír, como si acudiera a prevenirla de un peligro. Solamente fue un instante: la escena voló, quedó atrás y yo me quedé preguntándome qué preocupación le había traído aquel hombre a la muchacha que había venido a contemplarnos. Y ya estaba por adormecerme, al rítmico bamboleo del tren, cuando quiso la casualidad —se trataba seguramente de una pura y simple casualidad— que reparara en un campesino parado sobre un murito, que llamaba y llamaba hacia el campo, haciéndose bocina con las manos. También esta vez fue un momento porque el expreso siguió su camino, aunque me dio tiempo de ver a seis o siete personas que corrían a través de las praderas, los cultivos, la hierba medicinal, pisoteándola sin miramientos. Debía ser algo importante. Venían de diferentes lugares —de una casa, de una fila de viñas, de una abertura en la maleza— pero todos corrían directamente al murito, acudiendo alarmados, al llamado del muchacho. Corrían, sí, ¡por Dios cómo corrían!, espantados por alguna inesperada noticia que los intrigaba terriblemente, quebrando la paz de sus vidas. Pero fue sólo un instante, lo repito apenas un relámpago; no tuvimos tiempo de observar nada más.

"¡Qué extraño!", pensé, "en pocos kilómetros ya dos casos de gente que recibe, de golpe, una noticia" (eso, al menos era lo que yo presumía). Ahora, vagamente sugestionado, escrutaba el campo, las carreteras, los paisajes, con presentimiento e inquietud. Seguramente estaba influido por el especial estado de ánimo, pero lo cierto es que cuanto más observaba a la gente, más me parecía encontrar en todos lados una inusitada animación. ¿Por qué aquel ir y venir en los patios, aquellas afanadas mujeres, aquellos carros...? En todos los lados era lo mismo. Aunque a esa velocidad era imposible distinguir bien, hubiera jurado que toda esa agitación respondía a una misma causa. ¿Se celebraría alguna procesión en la zona? ¿O los hombres se dispondrían a ir al mercado? El tren continuaba adelante y todo seguía igual, a juzgar por la confusión. Era evidente que todo se relacionaba: la muchacha del paso a nivel, el joven sobre el muro, el ir y venir de los campesinos: algo había sucedido y nosotros, en el tren, no sabíamos nada.

Miré a mis compañeros de viaje, algunos en el compartimiento, otros en el corredor. No se habían dado cuenta de nada. Parecían tranquilos y una señora de unos sesenta años, frente a mí, estaba a punto de dormirse. ¿O acaso sospechaban? Sí, sí, también ellos estaban inquietos y no se atrevían a hablar. Más de una vez los sorprendí echando rápidas miradas hacia fuera. Especialmente la señora somnolienta, sobre todo ella, miraba de reojo, entreabriendo apenas los párpados y después me examinaba cuidadosamente para ver si la había descubierto. Pero, ¿de qué teníamos miedo?

Nápoles. Aquí, habitualmente, el tren se detiene. Pero nuestro expreso, no, hoy no. Desfilaron cerca las viejas casas y en los patios oscuros se veían ventanas iluminadas. En aquellos cuartos —fue un instante— hombres y mujeres aparecían inclinados, haciendo paquetes y cerrando valijas. ¿O me engañaba y todo era producto de mi fantasía?

Se preparaban para marcharse. "¿Adónde?", me preguntaba. Evidentemente no era una noticia feliz, pues había como una especie de alarma generalizada en la campaña como en la ciudad. Una amenaza, un peligro, el anuncio de un desastre. Después me decía: "Si fuera una desgracia se habría detenido el tren; y en cambio, el tren encontraba todo en orden, señales de vía libre, cambios perfectos, como para un viaje inaugural.

Un joven a mi lado, simulando que se desperezaba, se había puesto de pie. En realidad quería ver mejor y se inclinaba sobre mí para estar más cerca del vidrio. Afuera, el campo, el sol, los caminos blancos y sobre los caminos carros, camiones, grupos de gente a pie, largas caravanas, semejantes a las que marchan en dirección a la iglesia el día del santo patrón de la ciudad. Ya eran cientos, cada vez más gentío a medida que el tren se acercaba al norte. Y todos llevaban la misma dirección, descendían hacia el mediodía, huían del peligro mientras nosotros íbamos directamente a su encuentro; a velocidad enloquecida nos precipitábamos, corríamos hacia la guerra, la revolución, la peste, el fuego... ¿Qué más podía pasarnos? No lo sabríamos hasta dentro de cinco horas, en el momento de llegar y seguramente sería demasiado tarde.

Nadie decía nada. Ninguno quería ser el primero en ceder. Cada uno quizás dudara de sí mismo, como yo, y en la incertidumbre se preguntara si toda aquella alarma sería real o simplemente una idea loca, una alucinación, una de esas ocurrencias absurdas que suelen asaltarnos en el tren, cuando ya se está un poco cansado. La señora de enfrente lanzó un suspiro, aparentando que recién se despertaba e igual que aquel que saliendo efectivamente del sueño levanta la mirada mecánicamente, así ella levantó las pupilas, fijándolas, casi por azar, en la manija de la señal de alarma. Y también todos nosotros miramos el aparato, con idéntico pensamiento. Nadie se atrevió a hablar o tuvo la audacia de romper el silencio o simplemente osó preguntar a los otros si habían advertido, afuera, algo alarmante.

Ahora las carreteras hormigueaban de vehículos y gente, todos en dirección al sur. Nos cruzábamos con trenes repletos de gente. Los que nos veían pasar, volando con tanta prisa hacia el norte, nos miraban desconcertados. Una multitud había invadido las estaciones. Algunos nos hacían señales, otros nos gritaban frases de las cuales se percibían solamente las voces, como ecos de la montaña.

La señora de enfrente empezó a mirarme. Con las manos enjoradas estrujaba nerviosamente un pañuelo, mientras suplicaba con la mirada. Parecía decir: si alguien hablaba... si alguno de ustedes rompiera al fin este silencio y pronunciara la pregunta que todos estamos esperando como una gracia y ninguna se atreve a formular...

Otra ciudad. Como al entrar en la estación el tren disminuyó su velocidad, dos o tres se levantaron con la esperanza de que se detuviera. No lo hizo y siguió adelante como una estruendosa turbonada a lo largo de los andenes donde, en medio de un caótico montón de valijas, un gentío se enardecía, esperando, seguramente, un convoy que partiera. Un muchacho intentó seguirnos con un paquete de diarios y agitaba uno que tenía un gran titular negro en la primera página. Entonces, con un gesto repentino, la señora que estaba frente a mí se asomó, logrando detener por un momento el periódico, pero el viento se lo arrancó impetuosamente. Entre los dedos le quedó un pedacito. Advertí que sus manos temblaban al desplegarlo. Era un papelito casi triangular. Del enorme título, sólo quedaban tres letras: ION, se leía. Nada más. Sobre el reverso aparecían indiferentes noticias periodísticas.

Sin decir palabra, la señora levantó un poco el fragmento, a fin de que pudiéramos verlo. Todos lo habíamos visto, aunque ella aparentaba ignorarlo. A medida que crecía el miedo, nos volvíamos más cautelosos. Corríamos como locos hacia una cosa que terminaba en ION y debía de tratarse de algo espeluznante; poblaciones enteras se daban a la fuga. Un hecho nuevo y poderoso había roto la vida del país, hombres y mujeres solamente pensaban en salvarse, abandonando casas, trabajos, negocios, todo, pero nuestro tren no, el maldito aparato, del cual ya nos sentíamos parte como un pasamano más, como un asiento, marchaba con la regularidad de un reloj, a la manera de un soldado honesto que se separa del grueso del ejército derrotado para llegar a su trinchera, donde ya la ha cercado el enemigo. Y por decencia, por un respeto humano miserable, ninguno de nosotros tenía el coraje de reaccionar. ¡Oh los trenes, cómo se parecen a la vida!

Faltaban dos horas. Dos horas más tarde, a la llegada, ya sabríamos la suerte que nos esperaba a todos. Dos horas. Una hora y media. Una hora. Ya descendía la oscuridad. Vimos a lo lejos las luces de nuestra anhelada ciudad y su inmóvil resplandor reverberante, un halo amarillo en el cielo, nos volvió a dar un poco de coraje.

La locomotora emitió un silbido, las ruedas resonaron sobre el laberinto de los cambios. La estación, la superficie —ahora oscura— del techo de vidrio, las lámparas, los carteles, todo estaba como de costumbre. Pero, ¡horror! Aún el tren se movía, cuando vi que la estación estaba desierta, los andenes vacíos y desnudos. Por más que busqué no pude encontrar una figura humana. El tren se detuvo, al fin. Corrimos por el andén hacia la salida, a la caza de alguno de nuestros semejantes. Me pareció entrever al fondo, en el ángulo derecho, casi en la penumbra, a un ferroviario con su gorro que desaparecía por una puerta, aterrorizado. ¿Qué habría pasado? ¿No encontraríamos un alma en la ciudad? De pronto, la voz de una mujer, altísima y violenta como un disparo, nos hizo estremecer. "¡Socorro! ¡Socorro!", gritaba y el grito repercutió bajo el techo de vidrio con la vacía sonoridad de los lugares abandonados para siempre.

## *La niña olvidada*

La señora Ada Tormenti, viuda de Lulli, fue a pasar unos días al campo, invitada por sus primos los Premoli. Por el pueblo iba y venía mucha gente. Como era verano, la sobremesa de la noche se hacía en el jardín, charlando hasta la una o las dos. Una noche la conversación se refirió a las casas de la ciudad. Había allí un tal Imbastaro, tipo inteligente, pero antipático. Decía:

—Siempre que dejo mi casa de Nápoles, sucede algo, ¡je, je! —continuaba, riendo así, sin motivo; ¿o el motivo era, en cambio, hacer daño al prójimo?—. Salgo, por decirlo así, ni siquiera recorro dos kilómetros, y se sale el agua del lavadero o se incendia la biblioteca por haber olvidado una colilla encendida, o se meten ratas de los barcos y devoran hasta las piedras. ¡Je, je!, o en la portería, la única persona que soporta allí el verano, recibe un golpe seco y por la mañana se la encuentra preparadita para el entierro, con cirios, el sacerdote y el ataúd. ¿No es así la vida?

—No siempre —dijo con gravedad Tormenti—, por fortuna.

—No siempre, es verdad. Pero usted, señora, por ejemplo, ¿podría jurar haber dejado su casa en perfecto orden, no haberse olvidado nada? Piénselo bien, piénselo bien. ¿Exactamente en orden?

A estas palabras Ada se puso del color de los muertos; de repente tuvo un horrendo pensamiento. Para poder ir a casa de los Premoli había llevado a su hija de cuatro años a una tía. O mejor dicho, había decidido llevarla. Porque ahora, al volver a pensar en ello, con todo y estar segura de haberlo hecho, no conseguía recordar cómo y cuándo había llevado a Luisella a casa de su tía. ¡Qué extraño! No recordaba ni cuándo habían salido de casa juntas, ni el camino recorrido, ni las despedidas en casa de su tía. Como si en su memoria se hubiese abierto un agujero.

En resumen, la duda era la siguiente: que ella, Ada, se había olvidado de llevar a la niña a casa de su tía y sin advertirlo, al irse, la había encerrado en casa. Era una sospecha absurda; pero la imaginación fabrica a veces cosas muy extrañas. Insensato, de loco, pero bastaba, no obstante, para helarle la sangre en las venas. Con sorpresa la vieron ponerse bruscamente de pie y abandonar la compañía de todos. Uno preguntó a Imbastaro:

—Perdone, pero, ¿le ha dicho usted alguna cosa desagradable?

—¿Yo? Nada de particular, ¡je, je! No comprendo.

Ada entró en la casa y, sin decir nada a nadie, se dirigió al teléfono. Llamó urgentemente a Milán, dando el número de casa. Esperó, retorciéndose las manos.

La comunicación se la dieron casi en seguida. En el acto.

—¿Es usted quien ha llamado a Milán, al 40079277

—Sí, sí.

—Hablen.

—¿Hable?

¿Con quién? Al llamar, esperaba que nadie le respondería. ¿No estaba la casa cerrada y vacía? Si alguien acudía al aparato significaba, por lo tanto, que su primera sospecha estaba fundada, que Luisella se había quedado encerrada dentro. (Aunque apenas tuviera cuatro años, sabía contestar al teléfono). Habían pasado ya 10 días; hacía un calor espantoso y en casa Ada no había dejado ni un bocado de comida. ¡El calor! En los días de la canícula se cuecen los muebles en las casas abandonadas, y se quedan sin aliento los seres vivos, si permanecen en ellas. Ada se sintió morir. Temblando, dijo:

—¡Oiga!

—Diga —dijo desde Milán una voz de hombre.

Y con la velocidad de un relámpago, Ada imaginó lo ocurrido: Luisella, encerrada y sola en casa, incapaz de abrir la puerta, sus gritos, la primera alarma en el barrio, la policía, la puerta forzada, la niña enloquecida de miedo.

—Diga. ¿Quién es? —preguntó el hombre.

—Soy yo, la mamá. Pero, ¿quién es usted?

—¿Qué mamá? ¡Yo no tengo mamá! Se ha equivocado de número.

Y colgó.

Ada volvió a llamar inmediatamente a Milán (pero la angustia había ya cedido). Dio el número exacto, oyó la señal de línea y esta vez nadie le respondió.

Respiró aliviada. Menos mal. ¿Qué estupidez había imaginado? Ante un espejo se puso unos pocos polvos y salió afuera al jardín. La miraron, pero nadie dijo nada.

Sin embargo, cuando se acostó y en la enorme casa de campo se estableció el plúmbeo silencio de la noche y solamente por la ventana entornada entraban las voces de los grillos, volvió a sentir miedo. En aquella hora imaginó a la niña, muerta de calor y de hambre que, de rodillas, agarrada al pestillo de la puerta y con los ojos desorbitados, lanzaba sus postreros lamentos. Pensó que, en el peor de los casos, alguien debía de haber oído sus gritos. Otra voz, pérfida, objetaba: si alguien la hubiese oído, ya la habrían socorrido; ya han pasado 10 días y a estas alturas te habrían avisado. Pudo ocurrir también que los pisos contiguos estuvieran desocupados en este período de vacaciones. La portera, cinco pisos más abajo, ¿qué podía oír?

Miró el reloj, eran las cuatro. A las seis salía un tren. Ada saltó de la cama, se vistió, hizo la maleta. Acaso empieza así la locura, se dijo. Pero no podía contenerse.

Dejó una nota excusándose, Cautelosamente salió, abrió la puerta del jardín y se dirigió a la estación. Había cuatro kilómetros de camino.

Cuanto más avanzaba él tren, mayor era su angustia. Llegó a Milán hacia las tres de la tarde. La ciudad ardía en un halo de polvo tórrido y húmedo. Balbuceando, dio al taxi la dirección.

¡Por fin, su casa! No se notaba nada anormal. Las persianas del piso estaban todas bajadas, como las había dejado días antes.

Pasó corriendo ante la portería. La portera le hizo el acostumbrado saludo. Bendito sea Dios, pensó Ana. Ha sido todo una pesadilla, nada más.

Silencio y quietud en el rellano del quinto piso. Pero, ¿por qué temblaba tanto su mano al introducir la llave en la cerradura? Se descorrió el pestillo. Al abrirse la puerta, salió un vaho caliente y denso.

De pronto, cuando abrió la puerta interior, Ada sintió en el pecho un nudo doloroso; porque, un poco por encima de su cabeza, flotó, ansioso de huir, un pequeñísimo e incomprensible humo, una minúscula nubecilla, oblonga y pálida, que no despedía olor.

Corrió a la ventana del recibidor, abrió los postigos y se volvió.

Sobre el suelo, a dos metros de ella, se veía algo, como una larga y recortada mancha, pero de notable espesor. Se acercó, la tocó con el pie. Cenizas. Estaban esparcidas uniformemente como formando una especie de dibujo. Aquel nudo que tenía en el pecho se hizo fuego, infierno. Las cenizas tenían exactamente la forma de Luisella.



## *El asalto al gran convoy*

Arrestado en un callejón de la ciudad y condenado solamente por contrabando — porque tuvo la suerte de no ser reconocido— Gaspar Planetta, capitán de bandidos, permaneció tres años en prisión.

Al salir libre estaba muy cambiado. Consumido por la enfermedad, con una gran barba, parecía un viejo y no el famoso "capo brigante", el mejor tirador conocido, que no sabía errar un disparo.

Con sus cosas en una bolsa, se puso en camino hacia el Monte Fumo, su antiguo reino, donde suponía que debían estar sus compañeros.

Era un domingo de junio cuando se internó en el valle donde estaba su casa. Los senderos del bosque no habían cambiado: aquí a floraba una raíz: allá una piedra que recordaba perfectamente. Todo estaba igual que antes. Como era fiesta, la banda debía estar reunida en su casa. Al acercarse, Planetta oyó voces y carcajadas. La puerta, a diferencia de sus tiempos, estaba cerrada.

Golpeó dos o tres veces. Adentro se hizo un silencio. Después preguntaron:

—¿Quién es?

—Vengo de la ciudad —respondió— vengo de parte de Planetta.

Tenía pensado darles una sorpresa, pero en cuanto abrieron la puerta, se dio cuenta de que no lo reconocían. Sólo el viejo perro, el esquelético Tromba, le saltó encima con alegría.

Al principio sus antiguos compañeros, Cosimo, Marco, Felpa y también tres o cuatro desconocidos, lo rodearon, pidiéndole noticias de Planetta. Les contó que había conocido al jefe en prisión; dijo que Planetta sería liberado un mes más tarde y que, mientras tanto, lo había enviado a él para saber cómo marchaban las cosas.

Al rato, los bandoleros ya habían perdido todo interés en el recién llegado y lo dejaban con un pretexto cualquiera. Sólo Cosimo se quedó hablando con él, pero sin reconocerlo.

—¿Y qué piensa hacer cuando vuelva?

—¿Cómo qué piensa hacer? ¿Es que acaso no puede volver acá?

—Ah, sí, sí... yo no digo nada. Sólo estaba pensando en él. Las cosas aquí han cambiado mucho. Y él va a querer mandar todavía, se entiende... pero no sé...

—¿Qué es lo que no sabe?

—No sé si Andrea estará dispuesto... no va a querer. Por mí que vuelva, nosotros dos siempre nos llevamos bien.

Así supo Gaspare Planetta que el nuevo jefe era Andrea, uno de sus antiguos compañeros.

En ese momento se abrió la puerta de par en par y entró el propio Andrea, que se paró en medio del cuarto. Planetta recordaba un tipo alto y flaco. Ahora tenía delante una formidable estampa de forajido, con una cara dura y unos espléndidos bigotes. Tampoco lo reconoció.

—¿Ah sí? —dijo a propósito de Planetta— ¿Y cómo fue que no consiguió fugarse? No debe ser demasiado difícil. También a Marco lo metieron adentro, pero no llegó a estar ni seis días. Tampoco a Stella le resultó difícil evadirse. Y en cambio él, que era el jefe, precisamente él, no hizo buen papel.

—Es que ya las cosas no son como antes —repuso Planetta con una sonrisa burlona— Hay muchos guardias ahora, cambiaron las rejas, jamás nos dejaban solos. Y además él se enfermó.

Mientras hablaba se iba dando cuenta que lo habían dejado afuera, comprendía que un "capo brigante" no puede dejarse capturar y mucho menos permanecer encerrado tres a cuatro años como un desgraciado cualquiera, comprendía que estaba viejo, que ya no había lugar para él allí, que su tiempo había terminado.

—Me dijo —prosiguió con voz cansada— Planetta me dijo que había dejado aquí su caballo, un caballo blanco que se llama Polak, me parece, y que tiene un bulto detrás de la rodilla.

—Tenía, querrá decir, tenía... —dijo Andrea arrogante, comenzando a sospechar que era el propio Planetta el que tenía delante— Si el caballo se murió, no es culpa nuestra.

—Me dijo —continuó con toda calma Planetta— que también dejó aquí su ropa, una linterna y un reloj —y sonriendo sutilmente se acercó a la ventana para que todos pudieran verlo bien.

Y todos, en efecto, lo vieron, reconociendo en aquel viejo flaco lo que quedaba de su famoso jefe Gaspere Planetta, el mejor tirador conocido, que no sabía errar un solo tiro.

Sin embargo, ninguno habló. Tampoco Cosimo se atrevió a decir nada. Todos simularon no haberlo reconocido porque estaba presente Andrea, el nuevo jefe y lo temían.

Y Andrea hacía como si no pasara nada.

—Nadie ha tocado sus cosas —respondió Andrea— deben estar por ahí, en algún cajón. De la ropa, no sé nada. Probablemente alguien la usó.

—Me ha dicho —continuó imperturbable Planetta, aunque esta vez ya no sonreía— me ha dicho que dejó aquí su fusil, su escopeta de precisión.

—Su fusil está aquí —dijo Andrea— y puede venir por él cuando quiera.

—Me decía, siempre me decía: quién sabe qué trato le han dado a mi fusil, quién sabe en qué chatarra me lo encuentro convertido a mi regreso.

—Yo lo usé algunas veces —admitió Andrea con cierto tono de desafío— pero no creo que por eso se haya estropeado.

Gaspere Planetta se sentó sobre un banco. Se sentía afiebrado, cosa que solía pasarle; no mucho, pero lo suficiente para sentir la cabeza pesada.

—Dime —insistió, volviéndose a Andrea— ¿Me lo podrías dejar ver?

—Adelante —respondió Andrea, haciéndole señas a uno de los nuevos integrantes de la banda— Ve, ve a buscarlo.

Un momento después le entregaron el fusil a Planetta. Lo observó minuciosamente, con aire preocupado y poco a poco, mientras acariciaba el caño, pareció serenarse.

—Bien —dijo después de una larga pausa—... y también me dijo que dejó aquí las municiones. Lo recuerdo bien: seis medidas de pólvora y ochenta y cinco proyectiles.

—Adelante —ordenó Andrea secamente— Tráiganle todo. ¿Hay alguna otra cosa?

—Eso —dijo Planetta acercándose a Andrea con la mayor calma y sacándole de la cintura un puñal envainado— Todavía falta ésta. Su cuchilla de caza —y volvió a sentarse.

Corrió un largo y pesado silencio.

—Bien... buenas noches —dijo por fin Andrea para hacerle comprender a Planetta que la entrevista había terminado.

Gaspere Planetta levantó los ojos midiendo la poderosa corpulencia del otro.

¿Habría podido desafiarlo, enfermo y cansado como estaba? Se levantó lentamente, esperó que le dieran el resto de sus cosas, metió todas en la bolsa y se echó el fusil al hombro.

—Buenas noches, señores —dijo, encaminándose hacia la puerta.

Los hombres quedaron mudos, paralizados de estupor, porque jamás hubieran imaginado que Gaspare Planetta, el famoso "capo brigante" pudiera terminar así, permitiendo que lo mortificaran impunemente.

Sólo Cosimo consiguió emitir una voz extrañamente ronca:

—¡Adiós, Planetta! —exclamó, haciendo a un lado toda simulación—. ¡Adiós y buena suerte!

Planetta se alejó por el bosque, en medio de las sombra de la noche, silbando.

\*

Eso le sucedió a Planetta, que ya no era más "capo brigante" sino solamente Gaspare Planetta, de Severino, del año cuarenta y ocho, sin residencia fija. Aunque, en realidad, dónde vivir tenía, una cabaña sobre el Monte Fumo, de troncos y piedra, en el medio del bosque, donde se refugiara una vez que lo perseguían los guardias.

Planetta llegó a su cabaña, encendió el fuego, contó el dinero que tenía (podía alcanzarle para algunos meses) y comenzó a vivir solo.

Pero una noche, mientras estaba sentado junto al fuego, se abrió de golpe la puerta y apareció un joven, con un fusil. Tendría unos diecisiete años.

—¿Qué pasa? —preguntó Planetta sin siquiera levantarse.

El muchacho tenía un aire desenfadado, se parecía a él, Planetta, una treintena de años antes.

—¿Está aquí la gente del Monte Fumo? Hace tres días que los busco.

El muchacho se llamaba Pietro. Explicó sin titubeos que quería unirse a la banda. Había vivido siempre vagabundeando y hacía años que tenía ese proyecto, pero como para ser bandolero debía contar por lo menos con un fusil, no había tenidos más remedio que esperar un poco; ahora había robado uno bastante bueno.

—Llegaste a buen lugar; yo soy Planetta.

—¿Planetta el capitán, quiere decir?

—El mismo.

—Pero, ¿no estaba en prisión?

—Allí estuve, por así decirlo —explicó irónicamente Planetta—. Estuve tres días: no tuvieron la suerte de retenerme por más tiempo.

El muchacho lo miró entusiasmado.

—¿Y ahora quieres que me quede contigo?

—¿Quedarte conmigo? —dijo Planetta— Está bien, por esta noche duerme aquí, mañana veremos.

Los dos vivieron juntos. Planetta no desengañó al muchacho, lo dejó creer que seguía siendo el jefe, le explicó que prefería vivir solo y encontrarse con los compañeros nada más que cuando era necesario.

El muchacho lo creía poderoso y esperaba de él grandes cosas. Pero pasaban los días y Planetta no hacía nada, a excepción de cazar un poco. El resto del tiempo lo pasaba siempre junto al fuego.

—Jefe —decía Pietro— ¿cuándo vamos a dar un golpe?

—Uno de estos días —respondía Planetta— Llamaré a los compañeros y te sacarás el gusto.

Pero los días siguieron pasando.

—Jefe —insistía el muchacho—. Supe que mañana pasará por el camino del valle un tal Francisco, que debe tener los bolsillos llenos.

—¿Un tal Francisco? —repetía Planetta sin demostrar interés— Lo conozco hace tiempo. Es un hombre astuto, un verdadero zorro: cuando viaja no lleva un solo escudo encima, de miedo a los ladrones.

—Jefe —decía el muchacho—. Supe que mañana pasan dos carros de buena mercadería. Todos cosas de comer. ¿Qué dice, jefe?

—¿De veras? —respondía Planetta— ¿Cosas de comer? —y dejaba languidecer el asunto, como si no fuera digno de él.

—Jefe —decía el muchacho— mañana es la fiesta de la ciudad y habrá mucho movimiento de gente, pasarán cantidad de carruajes y muchos regresarán de noche. ¿No tendríamos que intentar algo?

—Cuando hay gente —contestaba Planetta— más vale no hacer nada. Hay gendarmes por todos lados los días de fiesta. No hay que fiarse. Precisamente fue en un día de fiesta que me capturaron.

—Jefe —decía después de unos días Pietro— di la verdad, a ti te pasa algo. No tienes ganas de hacer nada. Ni siquiera de ir a cazar. No quieres ver a los compañeros. Debes estar mal, seguramente, ayer también tuviste fiebre. Siempre estás al lado del fuego. ¿Por qué no hablas claro?

—Puede que no esté bien —decía Planetta sonriendo— pero no es lo que tú piensas. Si quieres que te los diga, así por lo menos me dejas tranquilo, es una estupidez fatigarse para embolsarse algunas pocas monedas. Si hago algo, quiero que valga la pena. Bien: he decidido esperar al Gran Convoy.

Se refería al Gran Convoy que una vez al año, precisamente el 12 de setiembre, llevaba a la capital un cargamento de oro, todo lo recaudado por concepto de impuestos en las provincias del sur. Avanzaba entre sonidos de cuernos a lo largo del camino principal, custodiado por guardia armada. El Gran Convoy Imperial con el gran carro de hierro, todo lleno de monedas metidas en sacos. No había bandolero que no soñara con él en las noches tranquilas, pero desde hacía cien años nadie había logrado asaltarlo impunemente. Trece bandidos habían muerto, veinte estaban en prisión. Ya nadie pensaba en el Gran Convoy en serio; año tras año la recaudación de impuestos se hacía más grande y la escolta armada era reforzada. Iban soldados adelante y atrás, patrullas a caballo a los lados; los cocheros, los jinetes y los servidores, todos armados. Lo precedía una especie de avanzada con trompeta y bandera. Después venían veinticuatro guardias a caballo, armados con fusiles, pistolas y espadas, y enseguida el carro de hierro con la insignia imperial en relieve tirado por dieciséis caballos. Otros veinticuatro soldados en la retaguardia, otros doce a los lados. Cien mil ducados de oro, mil onzas de plata, destinados a la casa imperial.

El Convoy pasaba a galope cerrado. Luca Toro, cien años antes, había tenido el coraje de asaltarlo y le había ido milagrosamente bien. Era la primera vez: la escolta se asustó y Luca Toro pudo huir a Oriente y darse la gran vida.

Otros bandoleros lo habían intentado: Giovanni Borro, para nombrar algunos, el Tedesco, Sergio de Topi, el Conde y el Jefe de los treinta y ocho. Todos, a la mañana siguiente, aparecieron al borde del camino con la cabeza partida.

—¿El Gran Convoy? —preguntó el muchacho maravillado— ¿De veras quieres arriesgarte?

—Sí, quiero arriesgarme. Si lo logro, estoy hecho para siempre.

Eso dijo Gaspare Planetta, pero estaba lejos de pensarlo. Aun contando con una veintena de hombres habría sido una locura... ¡cuánto más solo!

Lo había dicho por bromear, pero el muchacho se lo había tomado en serio y miraba a Planetta con admiración.

—Dime —preguntó—... ¿y cuántos seríamos?

—Quince, por lo menos.

—¿Y para cuándo?

—Hay tiempo —respondió Planetta—. Tengo que hablar con mi gente. Esto no es cosa de juego.

Pero los días siguieron pasando y los bosques empezaron a ponerse rojos. El muchacho esperaba con impaciencia. Planetta no lo desengañaba y en las largas noches que pasaban junto al fuego, discutía el gran proyecto y se divertía también él. Y en algunos momentos él mismo llegaba a creer que era verdad.

\*

El 11 de septiembre, el día de la víspera, el muchacho estuvo afuera hasta la noche. Regresó con una cara sombría.

—¿Qué pasa? —preguntó Planetta, sentado como de costumbre junto al fuego.

—Por fin me encontré con tus compañeros.

Se hizo un largo silencio y se oyó el restallar del fuego. También se escuchaba la voz del viento que soplaba en el bosque.

—Y bien... —preguntó Planetta con tono que quería parecer divertido— ¿Te lo dijeron todo?

—Seguro. Me lo contaron todo.

—Bien —añadió Planetta y se hizo otra pausa en el cuarto iluminado tan sólo por el fuego.

—Me dijeron que me fuera con ellos, que hay mucho trabajo.

—Entiendo —aprobó Planetta—. Sería una tontería no ir.

—Jefe —dijo entonces Pietro con voz casi llorosa— ¿por qué no me dijiste la verdad? ¿Por qué tantas historias?

—¿Qué historias? —dijo Planetta, que hacía esfuerzos por mantener su habitual tono alegre—. ¿Qué historias te he contado yo? Te dejé creer, no te quise desengañar, eso fue todo.

—No es verdad —repitió el muchacho—. Me retuviste aquí con falsas promesas, sólo por atormentarme. Mañana, bien lo sabes...

—¿Qué pasa mañana? —preguntó Planetta, otra vez tranquilo— ¿Te refieres al Gran Convoy?

—Eso mismo. ¡Y yo que te creí! Aunque tenía que haberme dado cuenta, enfermo como estás... No sé como hubieras podido... —Pietro se calló por algunos segundos y después, en voz baja, anunció:

—Mañana me voy.

\*\*\*

Pero el otro día, Planetta fue el primero en levantarse. Se vistió de prisa sin despertar al muchacho y tomó el fusil. Recién cuando llegaba al umbral Pietro se despertó.

—Jefe —dijo, llamándolo así por la fuerza de la costumbre—. ¿Adónde vas a esta hora, se puede saber?

—Sí señor, se puede saber —respondió Planetta sonriendo—. Voy a esperar al Gran Convoy.

Pietro ni siquiera se molestó en responder. Se limitó a darse vuelta en la cama, como para hacerle ver que ya estaba cansado de aquella estúpida historia.

Pero está vez no era sólo una historia. Para cumplir una promesa que había hecho en broma, se disponía a asaltar el Gran Convoy. Ya lo habían fastidiado bastante sus compañeros; por lo menos, que aquel muchacho supiera quién era Gaspere Planetta. Pero, no... no era el muchacho lo que le importaba. En el fondo, lo hacía por él mismo, para sentirse el de antes, aunque fuera por última vez.

Probablemente nadie lo vería y hasta quizá, si lo mataban enseguida, nadie lo supiera jamás, pero es no tenía importancia. Era un asunto personal con el poderoso Planetta de antes. Una especie de apuesta a favor de una empresa desesperada.

Pietro dejó que Planetta se fuera. Pero después le asaltó una duda. ¿No se propondría de veras Planetta llevar a cabo el asalto? A pesar de que le parecía una idea absurda, Pietro se levantó y salió a averiguar. Muchas veces Planetta le había mostrado el sitio ideal para esperar al Gran Convoy, y hacia allí se dirigió.

El día ya había amanecido pero el cielo estaba cubierto por largas nubes de tormenta. La luz era clara y grisácea. De tanto en tanto se oía el canto de un pájaro. En los intervalos, se escuchaba el silencio.

Pietro corrió por el bosque hacia el fondo del valle, donde pasaba el camino principal. Avanzaba con prudencia entre los matorrales en dirección a un grupo de castaños, donde seguramente se encontraba Planetta.

Allí estaba, en efecto, escondido detrás de un tronco y se había hecho un pequeño parapeto de ramas para que no lo pudieran ver. Se había apostado sobre una especie de colina que dominaba una brusca vuelta del camino: una fuerte subida que obligaba a los caballos a andar más despacio. Todo lo que pasara por allí se convertía en un blanco fácil.

El muchacho miró la llanura del sur que se perdía en el infinito, cortada en dos por el camino. Allá, en el fondo, vio una polvareda que se movía, avanzaba por el camino: era el polvo que levantaba el Gran Convoy.

Planetta estaba colocando el fusil con la mayor calma, cuando oyó que algo se agitaba cerca de él. Se volvió y vio a Pietro con su fusil en el árbol vecino.

—Jefe —dijo Pietro jadeando— Planetta, tienes que salir de aquí. ¿Te has vuelto loco?

—Chitón —respondió sonriendo Planetta—. Que yo sepa, no estoy loco. Vete de aquí enseguida.

—Estás loco, te digo. Crees que van a venir tus compañeros, pero no vendrán, me lo han dicho, nunca pensaron venir.

—Vendrán, por Dios que vendrán, sólo es cuestión de esperar un poco. Tienen la manía de llegar siempre tarde.

—Planetta —suplicó el muchacho—. Hazme el gusto, sal de ahí. Era sólo una broma, nunca he pensado dejarte.

—Lo sé, lo sé —rió bonachonamente Planetta—. Pero ahora basta, vete, te digo. Este no es lugar para ti.

—Planetta —insistió el muchacho—. ¿No ves que es una locura? ¿Qué puedes hacer tú solo?

—Por Dios, vete de una vez —gritó con voz ahogada Planetta, que ya no razonaba—. ¿No te das cuenta de que vas a echarlo todo a perder?

En ese momento se comenzaba a distinguir, en el fondo del camino principal, los soldados que escoltaban el Gran Convoy, el carro, la bandera.

—¡Por última vez, vete! —repitió, furioso, Planetta. El muchacho, reaccionando por fin, empezó a arrastrarse entre el pastizal hasta que desapareció.

Planetta escuchó los cascos de los caballos, dio una ojeada a las grandes nubes de plomo, vio tres o cuatro cuervos en el cielo. El Gran Convoy ahora avanzaba despacio, iniciando la subida.

Planetta tenía ya el dedo en el gatillo cuando advirtió que el muchacho regresaba, arrastrándose, y se apostaba otra vez detrás del árbol.

—¿Viste? —susurró Pietro—. ¿Viste cómo no vinieron?

—Canallas —murmuró Planetta sin mover ni siquiera la cabeza y esbozando una sonrisa—. ¡Canallas! Es demasiado tarde para retroceder. ¡Atención, muchacho, que ahora comienza lo bueno!

Trescientos. Doscientos metros. El Gran Convoy se acercaba. Ya se distinguía la gran insignia en relieve sobre los lados del carro, se oían las voces de los soldados que conversaban entre ellos.

Recién entonces el muchacho tuvo miedo. Comprendió que estaba embarcado en una empresa disparatada, de la que no se podía escapar.

—¿Viste que no vinieron? Por caridad, no dispaes.

Pero Planetta no se conmovió.

—¡Atención! —murmuró alegremente, como si no lo hubiera oído—. ¡Señores, la función va a comenzar!

Planetta ajustó la mira, su formidable mira que no podía fallar. Pero en aquel instante sonó un disparo del otro lado del valle.

—¡Cazadores! —comentó el "capo brigante", divertido, mientras resonaba un terrible eco—. No son más que cazadores. ¡Nada de miedo, eh! Cuánto más confusión, mejor.

Pero no eran cazadores. Gaspare Planetta oyó un gemido. Volvió la cabeza y vio al muchacho que soltaba el fusil y se desplomaba sobre la tierra.

—¡Me hirieron, Planetta! ¡Oh, mama!

No habían sido cazadores los que habían disparado, sino los soldados de la escolta encargados de adelantarse al Convoy para evitar una emboscada. Eran todos expertos tiradores, seleccionados en los combates. Tenían fusiles de precisión.

Uno de ellos, mientras escrutaba el bosque, había visto al muchacho moverse entre los árboles y tenderse después al lado del viejo bandolero.

Planetta lanzó una blasfemia. Se fue levantando con precaución hasta quedar de rodillas, disponiéndose a socorrer al compañero. Sonó un segundo disparo. El proyectil atravesó el valle bajo las nubes tormentosas y después empezó a descender de acuerdo a las leyes de la balística. Había sido dirigido a la cabeza, pero en cambio entró en el pecho, cerca del corazón.

Planetta cayó de golpe. Se hizo un gran silencio, como jamás había oído. El Gran Convoy se había detenido. El temporal no terminaba de desatarse. Los cuervos estaban allá, en el cielo. Todos se mantenían expectantes.

El muchacho volvió la cabeza y sonrió:

—Tenía razón —balbuceó—. Al final vinieron, los compañeros. ¿Los viste, jefe?

Planetta no respondió, pero haciendo un supremo esfuerzo, miró en la dirección indicada.

Detrás de ellos, en un claro del bosque, habían aparecido una treintena de jinetes con el fusil en bandolera. Parecían diáfanos como una nube y sin embargo se distinguían netamente sobre el fondo oscuro de la floresta. Por sus divisas absurdas y sus caras bravías, se hubiera dicho que eran bandidos.

En efecto, Planetta los reconoció enseguida. Eran sus antiguos compañeros, los bandoleros muertos que venían por él. Rastros curtidos por el sol y atravesados por largas cicatrices, horribles mostachos, barbas sacudidas por el viento, ojos duros y clarísimos, espuelas inverosímiles, grandes botones dorados, caras simpáticas, polvorientas de tanto combatir.

Ahí estaba el buen Paolo, lento de entendederas el pobre, muerto en el asalto del Mulino; Pietro del Ferro, que jamás había conseguido aprender a cabalgar; Giorgio Pertica; Frediano, muerto de frío... todos los buenos y viejos compañeros, que había visto morir uno a uno.

¿Y ese facineroso de grandes bigotes y un fusil casi tan largo como él, montado en el caballo blanco y flaco, no era el Conde, el famoso bandolero también caído por causa del Gran Convoy? Sí, era él, el Conde, con el rostro iluminado de cordialidad y satisfacción. ¿Y acaso se equivocaba Planetta o el último de la izquierda que se mantenía erguido y orgulloso, era el propio Marco Grande en persona, ahorcado en la capital en presencia del Emperador y de cuatro regimientos de soldados? Marco Grande, cuyo nombre, cincuenta años después todavía se pronunciaba en voz baja... Sí, también había venido para honrar a Planetta, el último valiente y desafortunado capitán.

Los bandidos muertos estaban silenciosos, evidentemente conmovidos, pero llenos de una común felicidad. Esperaban que Planetta hiciera algo.

Y Planetta (lo mismo que el muchacho) se levantó, ya no de carne y hueso como antes sino transparente como los otros y, sin embargo, idéntico a sí mismo.

Lanzando una mirada sobre su pobre cuerpo que yacía en el suelo, Planetta se encogió de hombros, como para convencerse de que ya no importaba nada de eso y se dirigió al claro, indiferente a los posibles disparos. Avanzó hacia los viejos compañeros, feliz.

Estaban por comenzar los saludos particulares, cuando en primera fila advirtió un caballo ensillado a la perfección y sin jinete. Instintivamente se acercó sonriendo.

—Por casualidad —dijo, maravillado por el tono extrañísimo de su nueva voz— ¿no será Polak este caballo?

Era Polak, de verdad, su caballo. Al reconocer a su dueño lanzó una especie de relincho (es necesario definirlo así, porque la voz de los caballos muertos es mucho más dulce que la que conocemos). Planetta le dio dos o tres palmadas afectuosas y desde ya empezó a saborear la delicia de la próxima cabalgata, junto a sus fieles amigos, hacia el reino de los bandoleros muertos que si bien no conocía, era legítimo imaginar lleno de sol, acariciado por un aire de primavera, con largos caminos blancos y sin polvo, que seguramente conducían a milagrosas aventuras. Apoyando la mano izquierda sobre la silla, como si se dispusiera a montar, Gaspar Planetta habló.

—Gracias, muchachos —dijo, tratando de no dejarse dominar por la emoción—. Les juro que... —y se interrumpió al recordar a Pietro, que también transformado en sombra se mantenía apartado, con el embarazo que produce estar entre personas que recién se conoce—. Perdona —le dijo Planetta— Este es un bravo compañero —agregó dirigiéndose a los bandoleros muertos—. Tenía tan sólo diecisiete años. Hubiera sido todo un hombre.

Los bandidos muertos sonrieron y bajaron levemente la cabeza en señal de bienvenida.

Planetta calló y miró a su alrededor, indeciso. ¿Qué debía hacer? ¿Irse con sus compañeros, dejando al muchacho solo? Volvió a dar dos o tres palmadas al caballo, hizo como que tosía y le dijo a Pietro.

—Bien, ¡adelante! ¡Monta en mi caballo! Es justo que te diviertas. ¡Vamos, vamos, nada de historias! —agregó con fingida severidad, viendo que el muchacho no se animaba a aceptar.

—Si realmente quieres... —exclamó Pietro por fin, evidentemente halagado. Y con una agilidad que jamás hubiera supuesto, dada la poca práctica que tenía en materia de equitación, el muchacho saltó sobre la silla.

Los bandoleros agitaron los sombreros, saludando a Gaspare Planetta. Alguno guiñó un ojo, como diciendo "hasta la vista". Todos espolearon los caballos y partieron al galope.

Se alejaron como disparados entre los árboles. Era maravilloso ver cómo se lanzaban en lo más intrincado del bosque y lo atravesaban sin que su marcha se viera



entorpecida en ningún momento. Los caballos tenían un galope suave y hermoso de ver. El muchacho y algunos de los bandidos todavía agitaban el sombrero.

Planetta, que había quedado solo, dio una ojeada en torno. Su inútil cuerpo seguía al pie del árbol. Parecía seguir mirando hacia el camino.

El Gran Convoy estaba todavía detenido más allá de la curva y por eso no era visible. En el camino sólo se veían seis o siete soldados de la escolta que miraban en dirección a Planetta. Aunque parezca increíble, habían visto toda la escena: las sombras de los bandidos muertos, los saludos, la cabalgata. Nunca se sabe lo que puede pasar en ciertos días de septiembre, bajo las nubes de tormenta.

Cuando Planetta, que había quedado solo, se volvió, el capitán del pequeño destacamento se dio cuenta que era observado. Entonces se irguió y saludó militarmente, como se saluda entre soldados.

Planetta le devolvió el saludo tocándose el sombrero, con un gesto de familiaridad pero lleno de hidalguía y sonrió. Después se encogió de hombros, por segunda vez en el día. Se apoyó en la pierna izquierda, dio la espalda a los soldados, hundió las manos en los bolsillos y se alejó silbando, sí señor, una marchita militar, en la misma dirección por la que habían desaparecido sus compañeros.

Iba hacia el mundo de los bandoleros muertos, que si bien no conocía, era lícito suponer mejor que éste. Los soldados lo vieron hacerse cada vez más pequeño y diáfano; su aspecto de viejo contrastaba con su paso ágil y rápido, el mismo paso alegre y despreocupado que tienen los muchachos de veinte años, cuando son felices.

## *El colombre*

Cuando Stefano Roi cumplió los doce años, pidió como regalo a su padre, capitán de barco y patrón de un bonito velero, que lo llevase consigo a bordo.

—Cuando sea mayor —dijo—, quiero navegar por los mares como tú. Y mandaré barcos todavía más bonitos y grandes que el tuyo.

—Dios te bendiga, hijo mío —respondió su padre. Y como justamente aquel día su carguero debía partir, se llevó al chico consigo.

Era un espléndido día de sol; el mar estaba tranquilo. Stefano, que nunca había subido al barco, paseaba feliz por cubierta admirando las complicadas maniobras del aparejo. Y preguntaba esto y lo otro a los marineros, que, sonriendo, se lo explicaban todo.

Cuando fue a parar a la toldilla, el chico, picado por la curiosidad, se detuvo a observar una cosa que salía intermitentemente a la superficie a una distancia de unos doscientos o trescientos metros, allí donde estaba la estela de la nave.

Aunque el carguero volara ya, empujado por un magnífico viento de popa, aquella cosa mantenía siempre la misma distancia. Y, aunque él no comprendía su naturaleza, tenía algo indefinible que lo atraía intensamente.

Al dejar de ver a Stefano por allí, su padre, después de haberlo llamado a grandes voces en vano, abandonó el puente y fue a buscarlo.

—Stefano, ¿qué haces ahí plantado? —le preguntó al verlo finalmente en la popa, de pie, absorto en las olas.

—Ven a ver, papá.

El padre acudió y miró también en la dirección que le indicaba el muchacho, pero no alcanzó a ver nada.

—Es una cosa oscura que asoma cada tanto de la estela —dijo—, y que nos sigue.

—A pesar de mis cuarenta años —dijo su padre—, creo tener todavía buena vista. Pero no veo nada en absoluto.

Como su hijo insistiera, fue en busca del catalejo y exploró la superficie del mar allí donde estaba la estela. Stefano lo vio ponerse pálido.

—¿Qué es? ¿Por qué pones esa cara?

—Ojalá no te hubiera escuchado —exclamó el capitán—. Ahora temo por ti. Eso que has visto asomar de las aguas y que nos sigue no es una cosa. Es un colombre. Es el pez que los marineros temen más que ningún otro en todos los mares del mundo. Es un escualo terrible y misterioso, más astuto que el hombre. Por motivos que quizá nunca nadie sabrá, escoge a su víctima y, una vez que lo ha hecho, la sigue años y años, la vida entera, hasta que consigue devorarla. Y lo más curioso es esto: que nadie puede verlo si no es la propia víctima y las personas de su misma sangre.

—¿Y no es una leyenda?

—No. Yo nunca lo había visto. Pero como lo he oído describir tantas veces, en seguida lo he reconocido. Ese hocico de bisonte, esa boca que se abre y se cierra sin cesar, esos dientes espantosos... Stefano, no hay duda, desgraciadamente el colombre te ha elegido y mientras andes por el mar no te dará tregua. Escucha: vamos a volver ahora mismo a tierra, tú desembarcarás y nunca más te separarás de la orilla por ningún motivo. Tienes que prometérmelo. El trabajo del mar no es para ti, hijo mío. Tienes que resignarte. Por otra parte, en tierra también podrás hacer fortuna.

Dicho esto, hizo invertir el rumbo inmediatamente, volvió a puerto y, con el pretexto de una inesperada indisposición, desembarcó a su hijo. Luego volvió a partir sin él.

Profundamente agitado, el muchacho permaneció en la orilla hasta que la última punta de la arboladura se sumergió detrás del horizonte. Más allá del muelle que cerraba el puerto, el mar quedó completamente desierto. Pero, aguzando la vista, Stefano alcanzó a distinguir un puntito negro que aparecía intermitentemente sobre las aguas: era «su» colombre, que iba lentamente de aquí para allá, empeñado en esperarlo.

Desde entonces se emplearon todos los recursos posibles para alejar al muchacho del deseo del mar. Su padre lo mandó a estudiar a una ciudad del interior distante centenares de kilómetros. Y durante algún tiempo, distraído por su nuevo ambiente, Stefano dejó de pensar en el monstruo marino. Sin embargo, cuando en las vacaciones de verano volvió a casa, lo primero que hizo en cuanto dispuso de un minuto libre fue apresurarse a ir a la punta del muelle para hacer una especie de comprobación aunque en el fondo lo considerase superfluo. Aun admitiendo que toda la historia que le contara su padre fuera verdadera, después de tanto tiempo el colombre sin duda habría renunciado a su asedio.

Pero Stefano se quedó allí parado, con el corazón desbocado. A unos doscientos o trescientos metros del muelle, en mar abierto, el siniestro pez iba arriba y abajo con lentitud, sacando de cuando en cuando el hocico del agua y volviéndolo hacia tierra, como si mirase ansiosamente si Stefano Roi aparecía por fin.

De esta suerte, la idea de aquella criatura enemiga que lo esperaba noche y día se convirtió para Stefano en una secreta obsesión. E incluso en la lejana ciudad le ocurría despertarse en plena noche víctima de la inquietud. Estaba a salvo, sí, centenares de kilómetros lo separaban del colombre. Y, sin embargo, sabía que más allá de las montañas, más allá de los bosques, más allá de las llanuras, el escualo lo aguardaba. Y que, aunque se trasladara al continente más remoto, el colombre se apostaría en el espejo del mar más cercano con la inexorable obstinación de los instrumentos del destino.

Stefano, que era un muchacho serio y diligente, continuó sus estudios con provecho y apenas fue un hombre encontró un empleo digno y bien remunerado en un almacén de la ciudad. Mientras tanto, su padre murió víctima de una enfermedad. Su viuda vendió su magnífico velero y el hijo se halló en posesión de una discreta fortuna. El trabajo, las amistades, las distracciones, los primeros amores: ahora Stefano se había hecho ya su vida, pero, a pesar de todo, el pensamiento del colombre lo perseguía como un espejismo a la vez funesto y fascinante; y, con el paso de los días, en vez de desvanecerse, parecía hacerse más insistente.

Grandes son las satisfacciones de la vida laboriosa, holgada y tranquila, pero aún mayor es la atracción del abismo. Apenas había cumplido Stefano veintidós años cuando, tras despedirse de sus amigos y abandonar su empleo, volvió a su ciudad natal y comunicó a su madre su firme intención de seguir el oficio paterno. La mujer, a quien Stefano jamás había hecho mención del misterioso escualo, acogió con júbilo su decisión. En el fondo de su corazón, que su hijo hubiera abandonado el mar por la ciudad siempre le había parecido una puñalada a las tradiciones de la familia.

Y Stefano comenzó a navegar, dando prueba de dotes marineras, de resistencia a las fatigas, de ánimo intrépido. Navegaba, navegaba y en la estela de su carguero, de día y de noche, con bonanza y con tempestad, se afanaba el colombre. Él sabía que aquella era su maldición y su condena, pero quizá por eso mismo no tenía fuerzas para apartarse de ella. Y a bordo nadie veía el monstruo excepto él.

—¿No ven nada por allí? —preguntaba de cuando en cuando a sus compañeros señalando la estela.

—No, no vemos nada. ¿Por qué?

—No sé. Me parecía...

—¿No habrás visto por casualidad un colombre? —decían ellos entre risas al tiempo que tocaban madera.

—¿De qué se ríen? ¿Por qué tocaban madera?

—Porque el colombre es un bicho que no perdona. Y si se pusiera a seguir a esta nave, eso querría decir que uno de nosotros estaba perdido.

Pero Stefano no cedía. La constante amenaza que iba en pos de él parecía más bien multiplicar su voluntad, su pasión por el mar, su arrojo en los momentos de fatiga y peligro.

Una vez se sintió dueño del oficio, con el pequeño caudal que le había dejado su padre adquirió junto con un socio un pequeño vapor de carga, luego se hizo su único propietario y, gracias a una serie de travesías afortunadas, pudo a continuación comprar un verdadero buque mercante y apuntar a metas cada vez más ambiciosas. Pero los éxitos, los millones, no conseguían apartar de su ánimo aquel continuo tormento; y nunca, por otra parte, se le pasó por la cabeza vender y retirarse a tierra para emprender negocios distintos.

Navegar, navegar, ése era su único afán. Apenas ponía pie en cualquier puerto después de largas travesías, en seguida lo espoleaba la impaciencia por partir. Sabía que allá lo esperaba el colombre y que el colombre era sinónimo de perdición. Era inútil. Un impulso indomable lo arrastraba de un océano a otro sin descanso.

Hasta que de pronto un día Stefano reparó en que se había hecho viejo, viejísimo; y ninguno de los que lo rodeaban sabía explicarse por qué, siendo rico como era, no dejaba por fin la azarosa vida del mar. Viejo, y amargamente infeliz, porque toda su existencia se había gastado en aquella especie de loca fuga a través de los mares para escapar de su enemigo. Pero para él siempre había sido más fuerte que la dicha de una vida holgada y tranquila la tentación del abismo.

Y una tarde, mientras su magnífica nave se hallaba fondeada frente al puerto donde había nacido, se sintió próximo a morir. Entonces llamó a su segundo oficial, en quien tenía mucha confianza, y le instó a que no se opusiera a lo que pensaba hacer. El otro se lo prometió por su honor.

Una vez seguro de esto, Stefano reveló al segundo oficial, que lo escuchaba turbado, la historia del colombre que durante casi cincuenta años lo había seguido sin cesar inútilmente.

—Me ha seguido de un confín a otro del mundo —dijo— con una fidelidad que ni el amigo más noble habría podido mostrar. Ahora me voy a morir. También él, ahora, estará terriblemente viejo y cansado. No puedo traicionarlo.

Dicho esto, se despidió, hizo arriar un bote y, después de hacer que le dieran un arpón, partió.

—Ahora voy a su encuentro —anunció—. Es justo que no lo defraude. Pero lucharé con las fuerzas que me quedan.

Con débiles golpes de remo se alejó del barco. Oficiales y marineros lo vieron desaparecer a lo lejos, sobre el plácido mar, envuelto en las sombras de la noche. En el cielo, como una hoz, lucía la luna.

No tuvo que esforzarse mucho. Súbitamente, el horrible hocico del colombre emergió al lado de la barca.

—Aquí me tienes por fin —dijo Stefano—. ¡Ahora es cosa nuestra!

Y, reuniendo sus últimas energías, levantó el arpón para lanzarlo.

—Ah —se quejó con voz suplicante el colombre—, qué largo camino hasta encontrarte. También yo estoy destrozado por la fatiga. Cuánto me has hecho nadar. Y tú huías, huías. Y nunca has comprendido nada.

—¿Por qué? —dijo Stefano picado en su orgullo.

—Porque no te he seguido por todo el mundo para devorarte, como tú pensabas. El único encargo que me dio el rey del mar fue entregarte esto.

Y el escualo sacó la lengua, tendiendo al viejo capitán una esfera fosforescente.

Stefano la cogió entre los dedos y miró. Era una perla de tamaño desmesurado. Reconoció en ella la famosa Perla del Mar que procura a quien la posee fortuna, poder, amor y paz de espíritu. Pero ahora era ya demasiado tarde.

—Ay de mí —dijo meneando tristemente la cabeza—. Qué horrible malentendido. Lo único que he conseguido es desperdiciar mi existencia; y he arruinado la tuya.

—Adiós, hombre infeliz —respondió el colombre. Y se sumergió en las aguas negras para siempre.

Dos meses más tarde, empujado por la resaca, un bote arribó a una áspera escollera. Fue avistado por algunos pescadores que, movidos por la curiosidad, se acercaron. En el bote, todavía sentado, había un blanco esqueleto; y, entre sus dedos descarnados, sujetaba un pequeño guijarro redondo.

El colombre es un pez de grandes dimensiones, espantoso a la vista, sumamente raro. Dependiendo de los mares y de los pueblos que habitan las orillas, recibe también el nombre de kolomber, kahloubrrha, kalonga, kalu-balú, chalung-gra. Curiosamente, los naturalistas desconocen su existencia. Hay quien sostiene que no existe.

